



Facultad de Filosofía y Letras
Grado en Historia



**El Populismo Clásico en América Latina a través de
las figuras de Lázaro Cárdenas y Juan Domingo Perón.**

*Classic populism in Latin America through the figures of
Lázaro Cárdenas and Juan Domingo Perón*

Autor:

Martín Ruiz Oceja

Director:

Prof. Dr. Fidel Gómez Ochoa

Curso 2016/2017

Junio 2017

ÍNDICE

Resumen	3
Palabras clave	3
Abstract	3
Key words	3
1. Introducción.....	4
2. Definición y caracterización del populismo	6
2.1. El populismo a lo largo de la Historia.	6
2.2. Conceptualizando el populismo: la búsqueda sin término.	11
2.3. El populismo como un estilo de liderazgo.....	17
3. Lázaro Cárdenas del Río.....	21
4. Juan Domingo Perón.....	31
5. Conclusiones	39
Bibliografía	43
Índice de cuadros y esquemas.....	47

RESUMEN

El populismo clásico fue una forma de hacer política centrada en un estilo particular de liderazgo que se dio en varios países de América Latina entre las décadas de 1930 y 1950. Este trabajo trata de analizarlo a través de dos de sus figuras más representativas: Lázaro Cárdenas (1895-1970) y Juan Domingo Perón (1893-1974). Ambos fueron líderes que trataron de buscar una relación directa, personalista y carismática con sus seguidores, con una fuerte base de apoyo clientelar y un discurso de apelación al “pueblo” frente al *statu quo*. Sus políticas profundizaron en la apertura de las instituciones y la movilización de las masas populares bajo la promesa de una reforma social a favor de la clase trabajadora, democracia electoral y nacionalismo económico.

PALABRAS CLAVE

Latinoamérica contemporánea, Populismo clásico, Lázaro Cárdenas, Juan Domingo Perón.

ABSTRACT

Classic populism was a way to make politics grounded in a particular style of leadership that happened in several countries of Latin America between the 1930s and 1950s. This paper tries to analyze it through two of its most representative figures: Lázaro Cárdenas (1895-1970) and Juan Domingo Perón (1893-1974). Both were leaders who tried to seek a direct, personalistic and charismatic relationship with their followers, with a strong base of patron-client relationship and a speech of appeal to the "people" against the *status quo*. Their policies deepened in the opening of the institutions and the mobilization of the popular masses under the promise of a social reform in favor of the working class, electoral democracy and economic nationalism.

KEY WORDS

Contemporary Latin America, Classic Populism, Lázaro Cárdenas, Juan Domingo Perón.

1. INTRODUCCIÓN

En la década de 1930, en un contexto económico y social profundamente transformado, la Gran Depresión anticipó el agotamiento gradual de la economía agroexportadora latinoamericana, cuyos síntomas podían ya descubrirse en la década de 1920, quedando patente la imposibilidad real de reconstruir en la mayor parte de los países de América Latina el orden social y político oligárquico, vigente desde la segunda mitad del siglo XIX. En el ámbito económico, la caída de los precios y volumen de las exportaciones y el progresivo deterioro de la balanza comercial incentivaron la aceptación de una mayor intervención estatal en la economía y la necesidad de una industrialización por sustitución de importaciones. Desde la perspectiva social y política, la migración rural y la creciente urbanización, las presiones en favor de la ampliación de la participación política y social, el fortalecimiento de las organizaciones sindicales obreras y campesinas y el nuevo marco internacional afectado por la crisis de la democracia liberal ante la irrupción de los fascismos y del socialismo soviético, hacían evidente la necesidad de nuevas soluciones. Ante esta realidad compleja se trataron de aplicar varias fórmulas, de las cuales será la alternativa populista la que dominó el panorama político latinoamericano posterior a la Crisis de 1929.

Este trabajo trata de analizar y explicar ese momento histórico a través de las figuras de Lázaro Cárdenas del Río (1895-1970) en México y Juan Domingo Perón (1893-1974) en Argentina. Comenzaremos abordando el concepto de *populismo* con una escueta síntesis de su historia. Con el precedente de los casos del populismo ruso y norteamericano de finales del siglo XIX, el término se utiliza sobre todo para referirse a los movimientos latinoamericanos que emergieron desde las primeras décadas del siglo XX. Posteriormente repasaremos algunos de los principales esfuerzos por responder a la pregunta ¿qué fue el populismo clásico? Para ello, no sólo analizaremos las interpretaciones sobre el populismo realizadas en los años sesenta, setenta y ochenta, sino que también aportaremos la visión de algunos autores que han estudiado los llamados *neopopulismos* de las décadas de 1980 y 1990, con el fin de dotarnos de un bagaje teórico más completo. Pondremos el foco en la definición de populismo que ha realizado Flavia Freidenberg quien circunscribe el fenómeno del populismo a su dimensión política, centrando su atención en el estilo de liderazgo carismático de los líderes populistas, así

como en la construcción de un determinado modelo de discurso de la diferencia, la relación directa y paternalista con sus seguidores, sus bases de apoyo y los modelos organizativos de las organizaciones populistas, de carácter fuertemente clientelar.

Describiremos a continuación la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940) y la primera etapa de gobierno de Juan Domingo Perón (1946-1955). Ambas son dos de las experiencias más exitosas del populismo clásico en Latinoamérica, otros de cuyos representantes son Getulio Vargas en Brasil, Víctor Hugo Haya de la Torre en Perú o José María Velasco Ibarra en Ecuador. Lo que más nos ha interesado de ambas figuras ha sido conocer en qué contexto accedieron al poder; cuál fue la naturaleza de su liderazgo y cuáles sus estrategias discursivas; quienes formaron sus bases de apoyo y qué modelos de movilización política utilizaron; en qué medidas políticas, económicas y sociales observamos su carácter populista; y, por último, cómo ambos se convirtieron en iconos políticos en los países donde gobernaron.

Para terminar, repasaremos los principales temas tratados en este trabajo y aportaremos algunas reflexiones sobre el significado del populismo clásico en la Historia contemporánea de América Latina.

2. DEFINICIÓN Y CARACTERIZACIÓN DEL POPULISMO

2.1. EL POPULISMO A LO LARGO DE LA HISTORIA.

2.1.1 Los primeros populismos contemporáneos.

Los primeros populismos contemporáneos están relacionados con los movimientos rurales radicales del Medio Oeste de Estados Unidos y con los movimientos socialistas utópicos de intelectuales rusos, ambos localizados cronológicamente entre el último cuarto del siglo XIX y las primeras décadas del XX.

En sentido amplio, el populismo de los *narodniki* (populistas) se desarrolló desde la década de los setenta del siglo XIX hasta la revolución de 1917. Al incluir a una gran variedad de intelectuales y activistas es difícil definir un conjunto de proposiciones comunes, pero lo que parece claro es que todos ellos propugnaban un “ir al pueblo” entendido esto como un acercamiento a las clases populares y a la defensa de sus intereses, en especial la lucha por la tierra y la libertad frente a los grandes terratenientes y la corona.

De forma independiente, y en la misma época, en los Estados Unidos surgió un movimiento compuesto principalmente por granjeros del Medio Oeste y del Sur. Estos granjeros se organizaron para protestar contra: el monopolio de las compañías ferroviarias, a través de las cuales se veían obligados a enviar sus granos al mercado; la situación de fragilidad a la que les exponía su situación de endeudamiento, producto de la necesaria compra de nueva maquinaria; y la bajada de los precios de sus productos. El movimiento cristalizó en la creación del *People's Party* (Partido del Pueblo). En 1896 este partido se fundió con el Partido Demócrata. La derrota electoral de ese mismo año y el cambio favorable de las condiciones económicas acabaron diluyendo el movimiento rápidamente. Más allá de sus evidentes diferencias, tanto el populismo ruso como el norteamericano, idealizaron al pueblo y aspiraron a un control de la sociedad desde abajo¹.

¹ MACKINNON, María Moira y PETRONE, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba. 2011, pp. 15-19.

2.1.2 El populismo en Latinoamérica.

Centrándonos en América Latina, podemos reconocer varios momentos en su experiencia populista: por un lado estarían los populismos tempranos, clásicos y tardíos desde las primeras décadas del siglo XX hasta los años setenta e incluso ochenta; por otro, los *neopopulismos* de las décadas de 1980 y 1990, tanto de corte neoliberal como antiliberal; y por último, los populismos contemporáneos, es decir, las experiencias desarrolladas desde finales de 1990, muchas de las cuales continúan activas.

En 1982 el politólogo Paul Drake propuso que la revisión histórica fuese realizada a partir de la división entre populismo temprano o protopopulismo, populismo clásico y populismo tardío². En las primeras décadas del siglo XX América Latina era un continente fundamentalmente agrario con sistemas políticos elitistas y excluyentes donde no existían grupos de interés, partidos de masas ni sindicatos fuertes. A medida que el crecimiento capitalista y urbano fue erosionando progresivamente la hegemonía de las elites políticas de estos sistemas, apareciendo espacios que serían ocupados por las primeras experiencias de corte populista, los denominados populismos tempranos, apoyados por la incipiente clase media, sectores alfabetizados y élites desafectas con el poder. El mejor ejemplo de esta etapa temprana fueron los gobiernos de Hipólito Yrigoyen (1916-1922 y 1928-1930) y la Unión Cívica Radical (UCR) en Argentina. Yrigoyen fue el primer presidente argentino en ser elegido mediante sufragio universal masculino y voto secreto, trató de favorecer a las clases obreras y medias, reformar el sistema educativo y desarrollar una política económica incipientemente nacionalista³.

El populismo clásico se dio entre las décadas de 1930 y 1950. Sus representantes más destacados son Lázaro Cárdenas (1934-1940), Getulio Vargas (1930-1945 y 1951-1954) y Juan Domingo Perón (1946-1955 y 1973-1974). Mucho más que el anterior, profundizó en la apertura de las instituciones y la movilización de las masas urbanas bajo la promesa de una reforma social a favor de los trabajadores, democracia electoral y nacionalismo continental

² La clasificación explícita de populismos tempranos, clásicos y tardíos, así como el análisis al que hacemos referencia más adelante se encuentran en: Drake, Paul: "Conclusion: Requiem for Populism?" en Conniff, Michael (ed.), *Latin America Populism in Comparative Perspective*. Nuevo México University Press. Albuquerque. 1982. Al ser imposible acceder al original aludimos a esta clasificación a través de las referencias de FREIDENBERG, Flavia. *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis. 2007, p. 53; y MACKINNON y PETRONE, *Op. cit.*, p. 20.

³ FREIDENBERG, *Op. cit.*, p. 53.

(indoamericano)⁴. En el ámbito internacional, la crisis de 1929 impactó severamente sobre el modelo de desarrollo latinoamericano basado en la exportación de materias primas y la importación de manufacturas. La caída de los precios de los productos exportados y la contracción de los intercambios agravó los niveles de conflictividad de una sociedad en transformación. En el interior, el régimen oligárquico se vio incapaz de afrontar los problemas económicos y de canalizar las demandas de apertura política. El sistema de partidos, centrado en la política de notables y el patronazgo, fue incapaz de incorporar las nuevas demandas de los sectores medios y bajos que presionaban para satisfacer sus necesidades y aspiraciones políticas y económicas. Según Drake, el populismo constituyó una respuesta coherente a los procesos de transformación social y económica de Latinoamérica, caracterizados por una creciente industrialización, la diferenciación social y una rápida urbanización. En este contexto, sectores aperturistas de las oligarquías entendieron que continuar excluyendo a las clases medias y a los trabajadores urbanos era más arriesgado que su inclusión en el sistema. La crisis del sistema oligárquico condujo a la ampliación de la representación en términos de sufragio efectivo y a la inclusión de los sectores marginados en los procesos de toma de decisiones. Así mismo, líderes populistas como Cárdenas o Perón defendieron un Estado promotor de un modelo de acumulación nacionalista, centrado en el mercado interno y basado en la industrialización por sustitución de importaciones, lo que permitió ampliar el empleo urbano y creó las condiciones para la incorporación al sistema político de los trabajadores. El papel proteccionista y redistribuidor del estado permitió a los movimientos populistas crearse una importante base social de apoyo. En este sentido, los sindicatos fueron un elemento clave para encuadrar a los trabajadores y movilizarlos como electores de los nuevos partidos de masas de carácter populista⁵.

El populismo tardío de los años setenta se desarrolló en el último tramo de la etapa de industrialización por sustitución de importaciones. Está representado por figuras como Luís Echeverría en México (1970-1976) y el último gobierno de Perón (1973-1974). Estos intentos tuvieron muy difícil revitalizar los programas populistas aplicados en décadas precedentes

⁴ El nacionalismo indoamericano de Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), líder histórico del Partido Aprista Peruano, se basaba en los principios de antiimperialismo, unidad política y económica de América Latina, nacionalización de latifundios e industrias y justicia social. El paso previo a la unidad continental indoamericana bajo una revolución socialista debía ser una profunda modernización estructural en el marco de un Estado nacional. Para lograr la industrialización deseada era necesario, no sólo una posición antiimperialista, sino también una alianza de clases. Esta doctrina contribuyó enormemente al desarrollo del *populismo nacionalista* y coadyuvo a la formación de partidos de esencia nacionalista distintos de los partidos clasistas socialistas. [LORINI, Irma. *El nacionalismo en Bolivia, 1910-1945*. La Paz: Plural. 2006, pp. 60-62].

⁵ FREIDENBERG, *Op. cit.*, pp. 53-56.

mostrando sus límites dentro de un modelo que, como resultado de su propio desarrollo, había llegado a un alto grado de transnacionalización de la economía, lo que entraba en contradicción con las condiciones de producción industrial dentro de un mercado proteccionista; que alimentaba una crisis fiscal permanente, convirtiendo al Estado “benefactor” en demasiado “costoso”; y que había generado un potente proletariado urbano, bien organizado y contestatario⁶.

Durante la década de los noventa aparecieron en la escena latinoamericana varios líderes *outsiders* de la política o vinculados a las estructuras partidistas populistas ya existentes. Surgieron en un momento de tensión política, vacío de liderazgo y crisis socioeconómica como catalizadores de la protesta ciudadana y del desencanto con el modo de funcionamiento de la democracia, después de las altas expectativas puestas en este sistema tras su reciente eclosión. Estos liderazgos neopopulistas se parecían a los clásicos en el modo de apelar al pueblo, en los tipos de vinculación con sus seguidores y en la personalización del liderazgo, pero se diferenciaban claramente en el modo en que se relacionaban con las organizaciones de intermediación de intereses o con los partidos políticos, así como en la manera de incorporación de los sectores que se movilizaban y el modelo de desarrollo económico que impulsaban⁷. Las medidas económicas de corte neoliberal seguían el denominado “Consenso de Washington” (1989) que propugnaba la desprotección del mercado interno, la liberalización de los movimientos de capital y la reducción y privatización del sector público. A pesar de que estas experiencias neoliberales dominaron el panorama político de la década de 1990 con figuras como la de Carlos Menem (1989-1999) en Argentina o Alberto Fujimori (1990-2000) en Perú, también nos encontramos figuras claramente antiliberales como Carlos Palenque o Max Fernández en Bolivia⁸. Por ello, el profesor de ciencia política Kenneth Roberts señala que la denominación de neopopulista sirve más para diferenciar temporalmente experiencias que para describir un modelo de liderazgo político en relación con un proyecto económico concreto⁹.

Para el final de la década de 1990 los niveles de pobreza e indigencia de América Latina marcaban cifras record con un estancamiento de la industria, el crecimiento de los sectores de

⁶ TARCUS, Horacio. “Crisis del populismo y alternativa socialista”. *Utopías del Sur*, Año II, n° 3. Letra E. Buenos Aires. 1989, p. 18.

⁷ FREIDENBERG, *Op. cit.*, 121 y 122.

⁸ Carlos Palenque, conocido como “El Compadre”, desarrolló su carrera política entre 1989 y 1997 y Max Fernández entre 1988 y 1995. Ninguno de los dos alcanzó la presidencia de Bolivia.

⁹ ROBERTS, Kenneth. “El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano” en MACKINNON, María Moira y PETRONE, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba. 2011, p. 375.

trabajo informal y una caída del empleo en el sector público. Las recurrentes crisis económicas y el contexto tanto interno como internacional daban pie a la búsqueda de alternativas políticas de izquierdas. Varios líderes, como Hugo Chávez, Evo Morales o Rafael Correa, se convirtieron en un foco de esperanzas mesiánicas con un discurso antisistema de exaltación de los sectores populares y un modelo sociopolítico de redistribución amplia cuyo impacto en los países donde se produjo todavía está por dilucidar.

Cuadro I: El Populismo en América Latina

<i>Denominación</i>	<i>Período</i>	<i>Países</i>	<i>Líderes</i>
Populismo temprano	Primeras décadas del siglo XX.	Argentina Chile	Hipólito Yrigoren Arturo Alessandri
Populismo clásico	Décadas de 1930, 1940 y 1950	México Brasil Argentina Ecuador Chile Perú Colombia Uruguay Ecuador	Lázaro Cárdenas Getulio Vargas Juan Domingo Perón José María Velasco Ibarra Carlos Ibáñez del Campo Víctor Hugo Haya de la Torre Jorge Eliécer Gaitán Benito Nardone Assad Bucaram
Populismo tardío	Décadas de 1970 y 1980	México Argentina Ecuador Panamá México Perú	Luís Echeverría Juan Domingo Perón José María Velasco Ibarra Arnulfo Arias José López Portillo Alán García
Neopopulismo (neoliberal)	Décadas de 1980 y 1990	México Argentina Brasil Perú Ecuador	Carlos Salinas de Gortari Carlos Menem Fernando Collor de Mello Alberto Fujimori Abdalá Bucaram Ortiz
Neopopulismo (antiliberal)	Década de 1990	Bolivia	Carlos Palenque Max Fernández
Populismos contemporáneos	Finales de la década de 1990 e inicios del siglo XXI	Ecuador Bolivia Venezuela	Álvaro Noboa Pontón Rafael Correa Evo Morales Hugo Chávez Nicolás Maduro

Fuente: Cuadro basado en el esquema de Flavia Freidenberg¹⁰.

¹⁰ FREIDENBERG, *Op. cit.*, P. 55.

2.2. CONCEPTUALIZANDO EL POPULISMO: LA BÚSQUEDA SIN TÉRMINO.

2.2.1 Interpretaciones del populismo.

Dentro de las interpretaciones sobre la emergencia y dinámica del populismo clásico, los autores se pueden dividir, a grandes rasgos, en cuatro grupos¹¹: a) una línea de interpretación en clave de *proceso de modernización* entiende el populismo como una experiencia que aparece en países subdesarrollados en un momento de transición desde una sociedad tradicional a una moderna (Germani, Di Tella); b) una línea mucho más heterogénea de corte *histórico-estructural* entiende el populismo como un estadio de desarrollo del capitalismo latinoamericano que surge con la crisis del modelo oligárquico, bien desde puntos de vista de la teoría de la dependencia o de postulados marxistas (Ianni); c) el tercer grupo sería el de los *coyunturalistas*, que inciden en las oportunidades y restricciones que rodean a las distintas clases o sectores sociales en determinadas coyunturas históricas y cuestionan que el origen del populismo se encuentre en el pasado prepopulista de América Latina; d) el cuarto grupo estaría formado por aquellos autores que ubican la especificidad del populismo en el plano del *discurso ideológico*, articulado este en torno a las interpelaciones popular-democráticas como antagónicas de las de la clase dominante (Laclau).

En la década de los sesenta, Gino Germani analizó el populismo clásico en términos de tránsito de una sociedad tradicional a una desarrollada¹². Según este sociólogo italiano, a diferencia de Europa, donde el proceso de consolidación de la democracia representativa fue progresivo, en América Latina, la rápida industrialización, la migración interna y la urbanización llevaron a una integración precipitada de las masas en la política, desbordando los canales de participación institucional existentes. Procedentes de un ambiente tradicional y sin capacidad de una actuación colectiva autónoma, en un entorno donde los actores políticos eran incapaces de dirigir la crisis, surgiría la figura del líder carismático que, junto con una parte de las élites dominantes, los recluta y los manipula. Así, Germani describió a los movimientos populistas como “la forma apropiada de intervención en el sistema político nacional de las capas

¹¹ En este párrafo tan sólo se cita a los autores consultados para realizar este trabajo, no a todos los autores citados por Mackinnon y Petrone a la hora de proponer la agrupación que tomamos como referencia. En MACKINNON y PETRONE, *Op. cit.*, pp. 21-22.

¹² GERMANI, Gino. “Democracia representativa y clases sociales” en IANNI, Octavio (comp.). *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*. 2ª ed. México: Era. 1977, pp. 12-37.

sociales tradicionales, en el transcurso de su movilización acelerada”. De este modo, el populismo aparecería cuando el grado de movilización política superase la capacidad de los mecanismos de integración en la toma de decisiones.

En la misma línea de análisis sociológico, el argentino Torcuato Di Tella puso el acento en lo que se ha llamado la *revolución de las aspiraciones* y en las *incongruencias de estatus*¹³. Esta revolución es un deseo de alcanzar determinados objetivos a pesar de que todavía no haya habido una consolidación previa de los mecanismos que los proporcionan. Esto no sólo dificultó en gran medida el funcionamiento de la democracia, ya que se exigió al sistema más de lo que podía ofrecer, sino que también generó una masa importante que no veía en la alternativa liberal-democrática una herramienta útil para satisfacer sus expectativas. En este contexto, la aparición de un líder dispuesto a encabezar tanto a las masas disponibles como a los *incongruentes* (élites desafectas), articulando el movimiento político en torno a una ideología demagógica anti *statu quo*, fue el origen de la experiencia populista.

En la década de 1960 los estudios sobre la teoría de la dependencia y el marxismo describieron el populismo como resultado de la capacidad de movilización demagógica del líder y/o de la ceguera de las masas. Desde Brasil, Octavio Ianni planteó que los movimientos populistas¹⁴ se desarrollaron durante la época de conformación definitiva de la sociedad de clases, en un momento de superación de las relaciones estamentales de la época colonial¹⁵. Estos movimientos aparecieron en la fase crítica de la lucha política entre las clases sociales surgidas en los centros urbanos e industriales contra la oligarquía. El populismo correspondería a un momento en la evolución de las contradicciones entre las dinámicas sociales de los países latinoamericanos y su estructura económica de dependencia del capitalismo global. Una etapa en la cual se formalizaron las relaciones de producción del capitalismo avanzado con la disociación efectiva entre trabajadores y medios de producción. En ese momento, las masas asalariadas aparecerían como elemento movilizador que permite transformar la estructura del Estado en una novedosa combinación de grupos y clases sociales. Ianni diferencia entre el populismo de las élites, que usan tácticamente a las masas trabajadoras y el populismo de las propias masas. En situaciones de normalidad parece una relación armoniosa, pero, en momentos

¹³ DI TELLA, Torcuato. “Populismo y reformismo” en IANNI, Octavio (comp.). *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*. 2ª ed. México: Era. 1977, pp. 38-82.

¹⁴ De corte clásico, se entiende.

¹⁵ IANNI, Octavio. “Populismo y relaciones de clase” en IANNI, Octavio (comp.). *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*. 2ª ed. México: Era. 1977, pp. 83-150.

críticos, el populismo de las masas tiende a adquirir formas revolucionarias donde se aprecia claramente la lucha de clases.

Los historiadores argentinos María Mackinnon y Mario Petrone definen la tercera línea interpretativa mencionada como la de los *coyunturalistas*, con autores como Jeremy Adelman, Daniel James o John D. French¹⁶. Estos estudios, surgidos en la década de 1980, cuestionan los enfoques desarrollistas antes mencionados, ya que no entienden a los trabajadores como simples marionetas sino como colectivos suscritos a un conjunto de condiciones particulares con capacidad de elección. De este modo, rechazan que puedan anticiparse las alianzas policlasistas antes de su emergencia ni que puedan ser encontradas en el pasado prepopulista como si América Latina estuviese teleológicamente inclinada a este fenómeno. La relación entre clase trabajadora y populistas debe interpretarse en términos de alianza, ya que ha de reconocerse el rol que juega cada una de las partes, por desigual que este sea.

Ernesto Laclau situó la especificidad del populismo en el plano del discurso ideológico¹⁷. Para Laclau los discursos políticos de las clases consisten en esfuerzos articularios antagónicos en los que cada clase se presenta como el verdadero representante del “pueblo” o el “interés nacional”. En este sentido, una clase es hegemónica no tanto cuando logra una concepción uniforme del mundo, sino cuando es capaz de articular un conjunto de visiones del mundo en forma tal que el antagonismo potencial de las mismas resulte neutralizado¹⁸. El populismo comenzaría entonces cuando las *interpelaciones popular-democráticas* se presentaran como opción antagónica frente a la ideología del bloque dominante. En este sentido, puede haber un *populismo de las clases dominantes* (cuando, por ejemplo, un sector de un bloque dominante en crisis hace un llamamiento directo a las masas para desarrollar su antagonismo frente a Estado, como en el nazismo) y un *populismo de las clases dominadas* (cuando la clase obrera pugna por la fusión entre la ideología popular-democrática y la ideología socialista, como con Mao o Tito). A diferencia de Europa, en América Latina poder parlamentario liberal y hegemonía terrateniente eran sinónimos. El populismo consistirá en reunir un conjunto de interpelaciones (democracia, industrialismo,

¹⁶ MACKINNON y PETRONE, *Op. cit.*, pp. 31 y 32.

¹⁷ LACLAU, Ernesto. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo populismo*. Madrid: Siglo XXI. 1978, pp. 165-233.

¹⁸ Poniendo como ejemplo a la burguesía inglesa del siglo XIX, Laclau afirma que esta no se convirtió en hegemónica a través de la imposición de una ideología uniforme a las otras clases, sino articulando diferentes ideologías en su proyecto hegemónico mediante la eliminación del carácter antagónico de las mismas: la aristocracia no fue eliminada al modo jacobino sino que se la redujo a un papel decorativo y las demandas de la clase obrera fueron parcialmente absorbidas, lo que derivó en reformismo y *tradeunionismo*. [*Ibid.*, p. 188.]

nacionalismo, antiimperialismo) en oposición al bloque de poder oligárquico, construyendo su potencial antagonismo frente al centro de articulación del discurso ideológico oligárquico: el liberalismo.

Después de repasar algunas de las principales interpretaciones del populismo clásico merece la pena detenerse en describir otras interpretaciones que, si bien se centran en el análisis de los fenómenos que hemos definido como neopopulistas o populistas contemporáneos, añaden elementos que ayudan a comprender mejor el fenómeno del populismo.

Empecemos por Kenneth Roberts¹⁹. Este autor partió de la premisa de que el populismo no debe vincularse con ninguna fase o modelo de desarrollo socioeconómico, sino que es un fenómeno recurrente en América Latina atribuible a la fragilidad de la organización política autónoma de los sectores populares y la debilidad de las instituciones intermedias que articulan y canalizan las demandas sociales. Así pues, definió el populismo como un estilo de liderazgo personalista y paternalista con una base de apoyo policlasista, que evita las formas institucionalizadas de mediación, una ideología ecléctica y un proyecto económico que utiliza mecanismos de redistribución clientelares con el fin de alimentar su base de apoyo en los sectores populares.

Mackinnon y Petrone insistieron en la precaución de que, al ser el populismo un fenómeno rico y complejo, no se puede buscar su explicación en un solo elemento aislado²⁰. Por ello señalaron que es necesario tratar de articular una serie de rasgos en torno a dos tendencias analíticas contrapuestas: la *lumperización* (agrupación) y la *splitterización* (singularización). En el primer caso los autores agruparon tres rasgos propios del populismo de cualquier época y lugar: la crisis como condición de emergencia, la experiencia de participación como sustento de la movilización popular y el carácter ambiguo de los movimientos populistas. Por otro lado, describieron dos rasgos que permiten singularizar los movimientos populistas: las bases sociales de apoyo (clase trabajadora urbana y sectores populares en el caso del populismo clásico, frente a sectores urbanos informales y pobres rurales en el caso del neopopulismo) y las lógicas de incorporación-exclusión (sectores sociales marginados por los regímenes oligárquicos en el populismo clásico, frente a incorporación selectiva y fragmentadora de los sectores subalternos en el caso del neopopulismo).

¹⁹ ROBERTS, *Op. cit.*, pp. 375-384.

²⁰ MACKINNON y PETRONE, *Op. cit.*, pp. 42-51.

Para la politóloga mexicana Flavia Freidenberg el populismo sería un particular estilo de liderazgo, un modo de interrelación entre el líder y sus seguidores²¹. Freidenberg hace énfasis en el modo en que los seguidores se vinculan con su líder, en sus evaluaciones y en sus creencias. Deudora de la teoría de la elección racional, insiste en cómo la manera en que los seguidores perciben al líder y la relación que mantienen con él es fruto del intento de maximizar sus beneficios tanto individuales como colectivos, ya sean estos objetivos o subjetivos, materiales o emocionales.

2.2.2 Los problemas de acercamiento a la definición de populismo.

Como hemos visto hasta ahora, el término populismo puede designar una gran variedad de fenómenos con orígenes y manifestaciones diversas e incluso, muchas veces, contradictorias. Por si fuera poco, cada vez que no ha estado claro cómo calificar o definir a ciertos fenómenos sociopolíticos se les ha aplicado el adjetivo populista, ensanchando su significación. Comparar el populismo ruso con el peronismo, con Alberto Fujimori o con la reciente ola de populismos en Europa o Estados Unidos puede parecer una insensatez pero, a pesar de ello, observamos que existen similitudes. Como señalaba el filósofo francés Pierre-André Taguieff en 1995: “La desventura del término populismo es haberse hecho popular”²². Así resulta ser un término variable y polisémico aplicable a grupos rurales y urbanos, progresistas y conservadores, neoliberales y socialistas, de masas y de élites.

Esta dificultad para elaborar una definición clara del populismo ha llevado a algunos autores a proponer el abandono del uso del término al considerar que la categoría no cuenta con estatus científico (Ian Roxborough). Otros dudan de su utilidad analítica (Aldo Solari, Rolando Franco, Joel Jutkowitz), se niegan a elaborar una teoría explicativa general (Margaret Canovan) o proponen seguir tratando la materia de manera intuitiva (Nicos Mouzelis)²³. El problema de estos enfoques es que en su gran mayoría destacan las características negativas del fenómeno y sus carencias, en comparación con el modelo clásico de desarrollo capitalista europeo. Frente a estos análisis, otros autores (Drake, Mackinnon y Petrone, Freidenberg, Roberts) tratan de identificar el fenómeno de manera afirmativa, señalando lo que hay y no lo que no hay. Pero,

²¹ FREIDENBERG, *Op. cit.*, pp. 7-49.

²² *Ibid.*, p. 17.

²³ La posición de estos autores está extraída de: MACKINNON y PETRONE, *Op. cit.*, pp. 37-43; y FREIDENBERG, *Op. cit.*, p. 19.

antes de definir y caracterizar la perspectiva a través de la cual pretendemos abordar los casos de Cárdenas y Perón, es importante detenerse, al menos de manera preventiva, en algunas de las cuestiones que dificultan la definición del término populismo.

Flavia Freidenberg describe seis obstáculos que dificultan la definición de populismo²⁴. El primer obstáculo al que nos enfrentamos es su ambigüedad. Frente a la pregunta ¿qué es el populismo?, nos encontramos con múltiples respuestas sin un dominio primario claro y definido. En segundo lugar, nos enfrentamos a la vaguedad del término, que resulta equívoco e indeterminado, sin un establecimiento claro de sus cualidades y diferencias. Por otro lado, en el proceso de conocer, las personas partimos de una idea general, aunque sea intuitiva, que condiciona nuestra percepción y el proceso de definición del mismo. Otro de los problemas al que nos enfrentamos es el estiramiento conceptual al que ha sido sometido el término, habiendo sido trasladado a situaciones diversas que poco tienen que ver las unas con las otras. También vemos que el término resulta ser enormemente generalista al intentar englobar todas las transformaciones sociales, políticas y económicas de un periodo, al punto de perder muchas veces su utilidad, no discriminando respecto a las diferencias. En último lugar, hay que tener en cuenta que muchos investigadores no han sido capaces de separar su opinión personal de la explicación del fenómeno, confundiendo sus propios valores con la descripción de la realidad que se pretende observar.

La complejidad del acercamiento al término aumenta también cuando observamos diferentes metodologías en el momento de llevar a cabo su conceptualización: la acumulación, la adición y la redefinición. La estrategia de acumulación se caracteriza por una definición con múltiples atributos de diversos ámbitos: discursivos, económicos, sociales, políticos, etc. Bajo esta perspectiva podríamos hablar de fenómeno populista sólo cuando se dan todos y cada uno de los atributos que se hubieran descrito (Germani, Di Tella, Ianni, Laclau, Drake). La estrategia de adición relaciona los diversos atributos entre sí, pero sin que ninguno de ellos sea excluyente, de manera que no es necesario que se den todos para poder hablar de fenómeno populista. Esta estrategia fue utilizada principalmente tras la aparición del neopopulismo en las décadas de 1980 y 1990 al hacerse necesaria una definición más amplia de la hasta entonces utilizada con los populismos clásicos (Roberts, Mackinnon y Petrone). La tercera estrategia sería la de redefinir el concepto ubicándolo en un solo dominio, es decir, eligiendo uno de sus atributos como esencial y descartando el resto como accidentales. En este sentido, Freidenberg opta por

²⁴ FREINDENBERG, *Op. cit.*, pp. 19-21.

el liderazgo personalista del líder como dominio primario de su definición, valorando la dimensión política sobre todas las demás.

Después de repasar las principales fases en la historia del populismo, analizar algunas de las interpretaciones más importantes y tomar conciencia de los numerosos problemas de acercamiento científico al término, es hora de detallar qué caracterización nos parece más útil para este trabajo, antes de lanzarnos a analizar los casos de Cárdenas y Perón.

2.3. EL POPULISMO COMO UN ESTILO DE LIDERAZGO

El enfoque que vamos a tomar en este trabajo para acercarnos al fenómeno del populismo clásico es el del Flavia Freidenberg, que propone redefinir el populismo como:

“un estilo de liderazgo, caracterizado por la relación directa, carismática, personalista y paternalista entre líder-seguidor, que no reconoce mediaciones organizativas o institucionales, que habla en nombre del pueblo, y potencia la oposición de éste a “los otros”, donde los seguidores están convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y creen que gracias a ellas, a los métodos redistributivos y/o al intercambio clientelar que tienen con el líder (tanto material como simbólico), conseguirán mejorar su situación personal o la de su entorno”²⁵.

Esta definición supone entender el populismo en términos exclusivamente políticos. El dominio primario de la definición giraría en torno al estilo de liderazgo, mientras las demás características (económicas, sociales, culturales, etc.) actuarían más como medio de descripción y caracterización de los distintos populismos que como elementos de la definición del concepto mismo. Desde este punto de vista, no interesa tanto el tipo de políticas que se lleven a la práctica, el modelo económico que se promueva o el contexto en el que surja, sino la manera en la que el líder se relaciona con sus seguidores, los mecanismos de interpelación discursiva y el modo en que los seguidores procesan y legitiman ese mensaje y la relación líder-seguidor en su conjunto.

Descomponer y analizar los elementos que conforman esta definición puede ayudarnos a entender mejor el enunciado de Freidenberg²⁶:

²⁵ *Ibid.*, pp. 12 y 25

²⁶ *Ibid.*, p. 28-39.

a) Una *relación directa, carismática, paternalista y patrimonial entre líder* (gobernante o candidato) y *seguidores* (gobernados o potenciales gobernados) por encima de cualquier intermediación política (partidos, sindicatos, movimientos políticos, sistemas de representación). Esto no excluye que el propio líder impulse o cree formas organizativas pero sí denota una constante apelación a los seguidores para que se vinculen con su persona por encima de cualquier proyecto, política pública, institución u organización. Los populismos así entendidos se fundamentan en relaciones personales y lazos de lealtad que vinculan directamente a los seguidores con el líder. El poder carismático puede generar organizaciones donde las relaciones entre los miembros no conocen reglas ni una división clara del trabajo, sino que las lealtades y la delegación de la autoridad del líder se hacen según criterios personales y arbitrarios. El líder emplea el lenguaje y las maneras populares para comunicarse con sus seguidores, identificándose con ellos y explotando una dicotomía pueblo/otros sin una ideología definida en el sentido de los grandes relatos (liberal, socialista, fascista). El líder hace uso de una visión propia del mundo, ecléctica, pragmática, bastante vaga y en permanente construcción y redefinición.

b) La *creencia en las cualidades excepcionales del líder por parte de los seguidores*. Es importante intentar entender no sólo cómo se ejerce el liderazgo, sino cómo los seguidores lo perciben. Debemos tener en cuenta que esa percepción puede estar condicionada por la propia visión que el seguidor tenga de su posición en la relación de liderazgo, por el peso de la identidad populista del seguidor, por las evaluaciones que este haga respecto al modo en el que ese liderazgo satisface sus expectativas y por el modo en que valora el contenido del intercambio que tiene con ese liderazgo. Si bien es cierto que el liderazgo carismático está basado en la fe, en las cualidades “mágicas” del líder, y esto supone cierta dosis de irracionalidad y emotividad, parece exagerada la postura de Germani en la que los seguidores son poco más que masas uniformes y homogéneas que se comportan como títeres²⁷. Existen sobradas evidencias de que los seguidores no se comportan como masas irracionales, atrasadas y tradicionales ya que pueden estar organizados y aceptar aquellas situaciones que les permiten maximizar sus beneficios o rechazar las que les perjudican, creer que a corto plazo es la mejor opción aunque a largo plazo no lo sea, entender que el líder encarna la satisfacción de aspiraciones largo tiempo esperadas o, simplemente, valorarlo como la opción menos mala ante diferentes alternativas.

²⁷ GERMANI, “Democracia...”, *Op. cit.*, p. 27.

c) Una *retórica que apela al pueblo, rechaza a los otros y exalta la relación “amigo-enemigo”*. El primero de los rasgos que nos encontramos es que el populismo, en contra de la concepción de las democracias liberales de la centralidad e importancia del individuo, al apelar al pueblo elimina del discurso al sujeto, fundiéndolo en el colectivo. Pero no basta con apelar al pueblo, hay que hacerlo en oposición a otra cosa y potenciar esa diferencia. La dicotomía supone una simplificación en la que la definición de “pueblo” debe ser difusa, de manera que integre a todos y excluya a algunos, aunque no esté claro a quien se está incluyendo o excluyendo del discurso. Esta herramienta discursiva permite unir al grupo proyectando la “causalidad negativa” (la culpa) hacia el exterior del mismo. Hay que presentar al pueblo como antagónico de otro sujeto (el bloque de poder, la ideología dominante, la casta), apoyando el discurso en las contradicciones entre ambos, es decir, entre los justos, el pueblo, y los malvados, el *antipueblo*.

d) La *relación basada en un intercambio clientelar y patrimonialista*. En nombre del pueblo se instala un sistema de caudillaje caciquil basado en la adhesión personal al jefe con la esperanza de recibir algo a cambio de esa lealtad. Entendido en sentido amplio, este clientelismo se asienta en las diferentes formas en la que los políticos distribuyen trabajos públicos y favores especiales a cambio de apoyo electoral. No debemos pensar esta relación como un mero intercambio de favores por votos, ya que incluye elementos simbólicos, lo que genera identidad, favorece la cohesión y refuerza la relación entre líder y seguidores. Estas redes no son regladas, pero están densamente institucionalizadas, formando parte de la rutina cotidiana del reclutamiento político, con un universo simbólico propio que genera identidad en torno a ellas y son empleadas para favorecer a los que están con el líder y en contra de los otros. Insistimos en que no deben verse a las bases como masas irracionales sino más como una respuesta racional a las condiciones de precariedad estructural en la que viven los clientes. Uno de los éxitos más notables de los líderes populistas fue entender la relación patronal tan extendida en América Latina y ser capaces de generar un “parentesco” entre ellos y sus seguidores. En este sentido, existe una estrecha relación entre clientelismo y compadrazgo (institución fundamental en la vida urbana y suburbana de muchos países latinoamericanos). Por último, hay que tener en cuenta la capacidad que tiene el clientelismo de fragmentar las condiciones comunes de identidad potencial de los clientes, desincentivando su organización como grupo de intereses y la movilización colectiva, frente a la opción de la incorporación individual a la red clientelar.

e) *Manifestar rechazo a cualquier intermediación de las instituciones representativas o de organizaciones sociales*. Los líderes populistas tratan de hacer a un lado las instituciones

existentes en su deseo de desafiar el *statu quo*. Pretenden legitimarse por medio de una invocación directa con el pueblo. A pesar de que la mayoría de ellos acceden al poder a través de las urnas, una vez en el gobierno desestiman la naturaleza de las instituciones, salvo para apelar a su legitimidad de origen cuando les resulta necesario.

Partiendo de esta definición y caracterización del populismo, en los próximos capítulos vamos a adentrarnos en los casos de Lázaro Cárdenas y Juan Domingo Perón.

3. LÁZARO CÁRDENAS DEL RÍO

El gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) supuso una etapa clave en el siglo XX mexicano y un punto de inflexión en el proceso de la Revolución Mexicana²⁸. Cárdenas accedió a la presidencia de los Estados Unidos de México en 1934. Su victoria electoral fue posible gracias al soporte del Partido Nacional Revolucionario²⁹ (PNR) y al apoyo de las ligas campesinas de Tamaulipas y San Luis de Potosí. En su discurso inaugural, Cárdenas se dirigió al “pueblo mexicano” expresando su deseo de gobernar con su apoyo y para las masas populares. Quería mantener el contacto con las masas pues creía que estas se interesaban realmente en los problemas de la colectividad y podían ayudar a resolverlos si se les consultaba: “Juzgo muy difícil realizar los postulados [...] si no cuento con la cooperación de las masas obreras y campesinas organizadas, disciplinadas y unificadas”. No sólo apelaba al pueblo como sujeto histórico sino que trató de crear, desde este primer momento, ese vínculo de relación directa con sus seguidores tan característico del populismo: “estableceré una hora fija diariamente para que mediante el radio o un hilo telegráfico directo a las dependencias presidenciales, me dirijan los ciudadanos o las agrupaciones sus quejas, sus necesidades, sus conflictos...”³⁰.

La intención de Cárdenas de construir un estado social y asistencial topó pronto con fuertes impedimentos ya que suponía, sino enfrentarse, al menos sí relegar las bases del poder de sus antecesores: la presencia del ejército en el gobierno, el papel del PNR y el poder de los caudillos. Una vez en el poder, Cárdenas estructuró una red de alianzas en torno suyo

²⁸ La Revolución Mexicana fue un conflicto armado que comenzó en 1910 en torno a la cuestión sucesoria del Porfirio Díaz, presidente de México entre 1876-1911. Se le considera el acontecimiento más importante del siglo XX mexicano. Su ideario, plasmado en la Constitución de 1917, aboga por la secularización, la reforma de la propiedad agraria y la defensa de una legislación de carácter social.

²⁹ Como veremos más adelante, el Partido Nacional Revolucionario (1929-1938) pasó a denominarse Partido de la Revolución Mexicana (1938-1946) y, posteriormente, Partido Revolucionario Institucional (1946 hasta la actualidad). Para hacernos una idea de la capacidad de control de los mecanismos electorales de esta agrupación, tan sólo necesitamos fijarnos en la indiscutible hegemonía política que mantuvo durante más de 70 años (1929-2000), periodo durante el cual ocupó ininterrumpidamente el gobierno de la nación.

³⁰ Extracto y análisis del discurso de toma de posesión de Lázaro Cárdenas tomados de: GONZÁLEZ, Luis. *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940: Los días del presidente Cárdenas*. Tomo XV. México: El Colegio de México. 2005, pp. 9-13.

impulsando al partido oficial con el apoyo de ligas agrarias, sectores obreros y caciques locales que hasta entonces habían sido leales al general Plutarco Elías Calles³¹.

Los dos primeros años del gobierno de Cárdenas estuvieron marcados por el enfrentamiento con Calles. Plutarco Elías Calles, en ese momento denominado “jefe máximo de la Revolución”, había dado el visto bueno a Cárdenas para figurar como candidato seguro a la Presidencia. Junto con el visto bueno, y quizá para evitar que Cárdenas escapara a su influencia, Calles promovió un plan sexenal que pretendía ser un programa detallado de acción para los años venideros. Este plan, que se puso en marcha poco antes de que Cárdenas alcanzase el Gobierno, estaba inspirado en los planes soviéticos, pero poseía una mezcla de principios liberales y antiliberales, a la vez que quedaba muy lejos de la precisión del modelo ruso³². El liderazgo carismático que ejercía Calles le había permitido cohesionar a la burocracia política posrevolucionaria. Durante su gobierno (1924-1928), el PNR se había estructurado como una confederación de partidos más que como un partido centralizado. Por su parte, la Iglesia Católica había ejercido una enorme presión en contra de una reforma agraria centrada más en las tierras del clero que en la de los latifundistas laicos. Esta oposición cristalizó en torno al movimiento cristero, que causó graves disturbios rurales entre 1926 y 1929. Lázaro Cárdenas fue uno de los políticos que más éxito tuvo en la lucha contra los cristeros ganándose, además, el apoyo de aquellos que, como él, veían en Calles un obstáculo para el avance de la Revolución³³.

El historiador mexicano Luis González insiste en la importancia de la llamada *Generación de 1915*³⁴ para comprender el gobierno de Cárdenas. Este grupo, formado por unas 300 personas, se convertirían en la élite rectora mexicana durante los años treinta y cuarenta, como segunda generación de revolucionarios. En general, este grupo conjugó el gusto por el desarrollo económico alcanzado en los países capitalistas, con la justicia social predicada por la Unión Soviética y partidos socialistas de otros países. Exceptuando a los militares, generalmente con educación primaria, y a los empresarios, que rara vez superaron la educación media, las otras tres “capillas” de esta generación, es decir, la política, la religiosa, y la intelectual, alcanzaron estudios universitarios, en contraste con la primera generación revolucionaria. A sus miembros les caracterizaba, sin distinción de credos e ideologías, su

³¹ FREIDENBERG, *Op. cit.*, pp. 58-59.

³² GONZÁLEZ, Luis. *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940: Los artífices del cardenismo*. Tomo XIV. México: El Colegio de México. 2005, pp. 169-176.

³³ FREIDENBERG, *Op. cit.*, P. 59.

³⁴ Generación epirrevolucionaria, Generación agrarista o Generación de Lázaro Cárdenas.

indiferencia religiosa, su fe en el desarrollo nacional a fuerza de ciencia, técnica, ingeniería y justicia social y la convicción de la responsabilidad del Estado como principal promotor del bienestar material y moral de la nación mexicana. A pesar de ello, no se les puede considerar como una generación de pensadores y planificadores sistemáticos sino, más bien, como hombres de acción, tendentes a actuar aunque no contaran con una doctrina estructurada previa³⁵. Este grupo ilustra muy bien la tesis de Torcuato di Tella sobre el surgimiento del populismo clásico³⁶. Por un lado, se observa la *revolución de aspiraciones*, donde el referente de los países desarrollados de Europa y Norteamérica ejerce un objetivo claro, una meta a alcanzar. Por otro, la *Generación de 1915* es una parte de la élite dominante con *incongruencia de estatus*. Se sienten mejor preparados que la primera generación de revolucionarios para afrontar la consolidación de la Revolución, creen que ha llegado su momento, y es en torno a Cárdenas cuando se colocan en primera fila, no sólo como relevo generacional sino también como creadores de algo nuevo y diferente.

En un sistema institucionalizado como era el del Estado revolucionario mexicano, el carisma del líder tuvo un peso menos importante que en el resto de casos de populismo. A pesar de que su liderazgo era ajeno a la retórica carismática que caracterizó a otros líderes como Vargas, Perón o el mismo Calles, Cárdenas generaba un poderoso atractivo entre sus seguidores. Se le consideraba “honesto, de vida frugal, austero, buen jinete, amante de la naturaleza y patriótico; un hombre que recorría el país incesantemente, llegando a lugares poco menos que inaccesibles, a los que ningún presidente había llegado antes, un hombre que se agachaba para hablar con los campesinos en las plazas polvorientas de los pueblos remotos”³⁷. Vemos en esta descripción de Roberts tres rasgos populistas que nos interesan: el primero es la atribución a Cárdenas de cualidades y valores excepcionales, el segundo, su voluntad de consolidar una relación directa con sus seguidores y, el tercero, su modelo de liderazgo paternalista.

A pesar de sus esfuerzos, la base de apoyo a Cárdenas era poco compacta, heterogénea y cambiante. Contaba con trabajadores organizados, sectores campesinos, burocráticos y apoyos provenientes tanto de las clases bajas, rurales y urbanas, como de lo que podríamos llamar burguesía, los militares y el aparato del partido. El tipo de apoyo que profesaban todos

³⁵ GONZALEZ, *Los artifices...*, Op. Cit., pp. 143-153 y 177-183.

³⁶ Se pueden revisar la interpretación de Torcuato di Tella en este mismo trabajo, en el apartado 2.2.1, p. 12.

³⁷ KNIGHT, Alan. “Cardenismo: ¿coloso o catramina?” en MACKINNON, María Moira y PETRONE, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. 1Buenos Aires: Eudeba. 2011, p. 204.

estos grupos e individuos también debe matizarse, ya que, frente a una minoría que formaba el núcleo duro del cardenismo, los denominados cardenistas de *hueso colorado*, había un gran número de cardenistas coyunturales, bien oportunistas, bien tácticos o simples aduladores. A la sombra de la lealtad ideológica, clientelista y material con Cárdenas se esperaba un retorno en forma de favores y protección. Esta confluencia de factores no sólo ideológicos, sino también materiales, clientelistas y afectivos, tejieron un entramado de intereses que acabarían construyendo una lealtad sólida y duradera hacia el cardenismo³⁸.

Desde su entrada en la Presidencia, Cárdenas fue sustituyendo a los militares *callistas* por personas de su confianza, manteniendo una política de equilibrios entre las diferentes corrientes del ejército. El siguiente paso fue integrar a los militares como uno de los sectores del Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Una serie de restricciones ayudaron a limitar su capacidad política descartando para los cargos de la organización del partido a aquellos generales que pudieran representar posiciones de fuerza política y militar³⁹. En concordancia con el resto de sus políticas populistas, Cárdenas pretendía la integración efectiva de las masas, tanto emergentes (sector obrero) como tradicionales (campesinado), en el sistema político. Su intención era encuadrar al movimiento obrero en una única organización que canalizase su política laboral. La Confederación de Trabajadores de México (CTM), creada en 1936, cumplió esta misión como instrumento de implementación de muchas de las políticas públicas del gobierno cardenista. La CTM llegó a tener en 1940 un millón de afiliados, suponiendo una herramienta clave para el desarrollo de las políticas nacionalistas cardenistas de ataque a las grandes multinacionales extranjeras⁴⁰. Sin embargo, esta alianza crucial para Cárdenas, en la que los sindicalistas estaban unidos colectiva y estatutariamente al partido, estaba condicionada, ya que los líderes de la CTM tenían una agenda propia, lo que, en ocasiones, les hacía disentir del Presidente en temas importantes⁴¹. De la misma manera que la CTM articuló el movimiento obrero, la Confederación Nacional Campesina (CNC) articuló el campesino. Esta organización de corte piramidal estaba basada en los comisarios ejidales⁴². Por ley, cada ejidatario pertenecía

³⁸ *Ibid.*, pp. 203-205.

³⁹ HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia. *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940: La mecánica cardenista*. . Tomo XVI. México: El Colegio de México. 2005. pp. 77-109.

⁴⁰ FREIDENBERG, *Op. cit.*, p. 61.

⁴¹ KNIGHT, *Op. cit.*, pp. 205-208.

⁴² “El ejido de la Revolución nació como proyecto intelectual (entre 1912 y 1915) con la idea de reconstituir [...] las formas y prácticas colectivas de tenencia agrícola y organización social supuestamente características de las poblaciones autóctonas de México, cuyos orígenes se remontaban a los pueblos coloniales de indios y a través de ellos a los calpullis del mundo indígena prehispánico (prácticas colectivistas que supuestamente habían pervivido sin mayores trastornos internos hasta que el liberalismo individualista las había condenado a morir)”. Más que por convicción o admiración, este proyecto respondía a la necesidad política: primero por las exigencias y luchas de

a la CNC y, con ello, era miembro del partido, de modo que se ponía bajo el control de la burocracia del partido a las ligas campesinas⁴³.

A pesar de que la Ley agraria de 1915 había abolido el sistema de concentración de tierras heredado del siglo XIX, no fue hasta la llegada de Cárdenas cuando se consolidó una verdadera reforma agraria. Basándose en un discurso populista anti *statu quo* que identificaba los intereses de la élite latifundista como contrarios a los intereses del pueblo, Cárdenas distribuyó más tierras que todos sus predecesores juntos (expropió alrededor del 50% de las tierras de cultivo del país⁴⁴) con la intención de acabar sistemáticamente con la gran propiedad rural. Junto con la entrega de tierra se acometieron otras medidas que permitieran consolidar el desarrollo rural, como la creación de un banco ejidal (Banjidal), la concesión de créditos, trabajos de irrigación, nuevas vías de comunicación y la implementación de un sistema educativo para la formación de técnicos. La resistencia a esta política a través de grupos paramilitares o “guardias blancas” fue contrarrestada por el gobierno entregando armas a los campesinos para la autodefensa⁴⁵.

A diferencia de otros gobiernos populistas, Cárdenas mantuvo una rigurosa disciplina fiscal. En concordancia, el intervencionismo del Estado y el antiimperialismo definieron la política económica. Su relación con el capital extranjero estuvo marcada por la tensión y la expropiación de empresas británicas y estadounidenses de ferrocarriles y petróleo. Como él mismo expresó: “es indispensable realizar los principios del plan sexenal que señala la formación de una economía [...] que libre a México del carácter de economía colonial [...] La formación de una economía propia nos libraré de este género de capitalismo, que no resuelve si quiera reinvertir en México sus utilidades, que se erige en peligro para la nacionalidad en tiempos aciagos”⁴⁶. En el caso de los ferrocarriles, el Estado ya era poseedor del 51% de las acciones y las autoridades mexicanas administraban la red ferroviaria. La nacionalización de la parte restante fue vista como un salto gigantesco hacia la meta de la autonomía económica. Pero

nuevas organizaciones campesinas, y pronto también, por el irresistible atractivo de su potencial clientelar. [KOURÍ, Emilio. “La invención del ejido”. *Revista Nexos*. [en línea] *Enero 2015*.] Así, el ejido colectivo se configuró como “una estructura de propiedad que distribuía en usufructo la tierra a las familias y que facilitaba la formación de pequeñas unidades productivas, con capacidad de autosuficiencia alimentaria”. [FREIDENBERG, *Op. cit.*, p. 63]. Los ejidatarios, pues, eran los campesinos que disfrutaban de tierras en un ejido. Los comisarios ejidales eran responsables ejecutivos de las organizaciones ejidales.

⁴³ PEÑA, Guillermo de la. “Las movilizaciones rurales en América Latina desde c. 1920” en BETHELL, Leslie (ed. lit.). *Historia de América Latina. Política y Sociedad desde 1930*. Volumen XII. Barcelona: Crítica. 1997. p. 217.

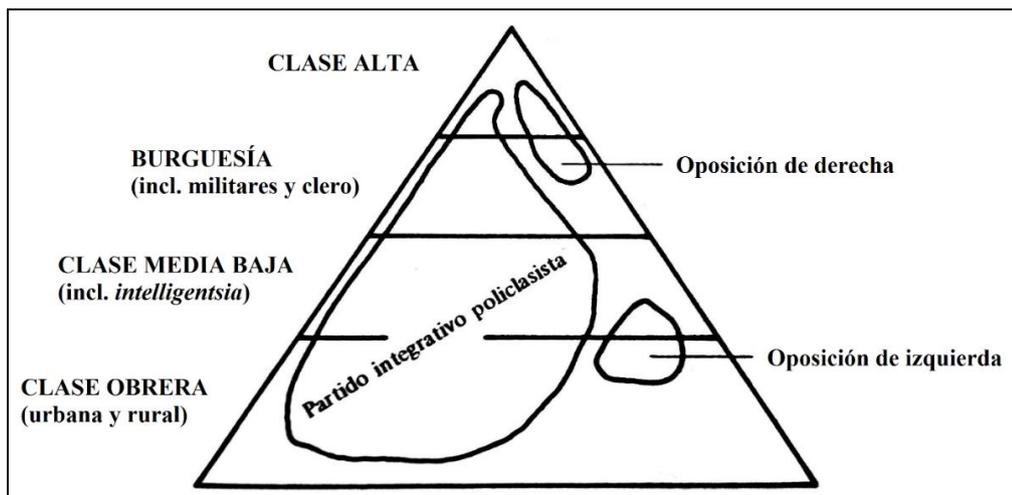
⁴⁴ HERNÁNDEZ CHÁVEZ, *Op. cit.*, p. 188.

⁴⁵ PEÑA, *Op. cit.*, pp. 217-219.

⁴⁶ GONZALEZ, *Los días...*, *Op. Cit.*, pp. 167-169.

la polémica desatada se quedó corta en comparación con la nacionalización del petróleo. A pesar de que la lucha por hacerse con las compañías petrolíferas había comenzado en 1912, no fue hasta 1938 cuando, en un contexto de gran conflictividad entre las mismas y los sindicatos, Cárdenas dio el paso definitivo para la nacionalización de estas empresas. Teniendo en cuenta la historia de México, fue una temeridad increíble que, sin embargo, no condujo a la catástrofe de un enfrentamiento militar⁴⁷. Más aun, la expropiación provocó en el interior grandes manifestaciones de apoyo, así como colectas populares para afrontar el pago de la enorme deuda contraída y una ola de apoyo general al Presidente, llegándose a “unificar moralmente al país”⁴⁸.

En 1937 el crédito político del partido oficial se encontraba por los suelos no sólo para los ajenos, sino también para los propios integrantes. El ambiente político exigía nuevas formas de participación. La reorganización del partido se basó en la incorporación efectiva de los sectores (militar, obrero y campesino) que se habían creado o fortalecido durante el régimen revolucionario, con afiliación indirecta y aglutinación de la burocracia en el interior del partido. A estos tres sectores se sumó el llamado “popular”, representado por la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) y formado por agrupaciones femeninas y juveniles, profesionales, pequeños comerciantes y obreros y artesanos no encuadrados en las centrales del sector obrero. A pesar de su heterogénea composición, el sector popular resultaba útil para atraer a la clase media urbana, potencial presa de la oposición⁴⁹. Este modelo de organización permitió articular la alianza heterogénea y multclasista sobre la que se asentó en cardenismo.



Esquema 1. Representación del apoyo al PRI (y a otros partidos integrativos *policlasistas*) en función de las clases sociales según Torcuato Di Tella⁵¹.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 169-178.

⁴⁸ FUENTES MARES, José. *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador*. México: Joaquín Mortiz. 1972. p. 229. Cita extraída de GONZALEZ, *Los días...*, *Op. cit.*, p. 180.

⁴⁹ HERNÁNDEZ CHÁVEZ, *Op. cit.*, p. 181-184. y GONZALEZ, *Los días...*, *Op. cit.*, p. 183.

Así pues, en 1938 se produjo la reorganización del Partido Nacionalista Revolucionario (PNR) transformándose en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) ⁵⁰.

Otro de los elementos en los que podemos observar la retórica populista es la importante reforma educativa que se intentó desarrollar durante la presidencia de Cárdenas. Desde 1915, la política educativa revolucionaria tuvo el propósito de incorporar a los sectores campesinos a un proyecto nacional de corte modernizador. Las corrientes pedagógicas del momento se enmarcaban en dos orientaciones en permanente tensión. La primera enfatizó los aspectos disciplinarios y el control social de la educación; la segunda, consideraba la escuela como un espacio para despertar la conciencia popular y favorecer la movilización en favor de reformas estructurales. Esta vertiente socialista mostraba la Revolución Mexicana como un movimiento popular y democrático con anhelos de justicia social. La reforma de 1934 hizo uso de las líneas trazadas en años previos, pero también propuso nuevos conceptos y prácticas. El énfasis en la lucha contra la religión disminuyó a favor de programas que destacaban la necesidad de que niños y adultos se organizaran para mejorar la vida social de las comunidades, hacer efectivos los derechos laborales y defenderse de los abusos de las autoridades. También colocó en segundo plano los enfoques pedagógicos de carácter técnico desarrollados a principios de la década de los 30 que pretendían capacitar al campesino para aumentar la productividad en el trabajo, priorizando cuestiones como la organización de obreros y campesinos, la exigencia de emprender reformas sociales para el beneficio de las mayorías y la defensa de los intereses nacionales⁵². Es en estas medidas donde vemos, siguiendo el enfoque de Ernesto Laclau⁵³, como el cardenismo trataba de establecer un conjunto de *interpelaciones popular-democráticas* como opción antagónica frente a la ideología del bloque dominante (oligárquico, liberal, latifundista, imperialista), es decir, se manifestaba como populista. De este modo, independientemente de su retórica de transformar las instituciones sociales, de lograr otra distribución de la riqueza o de la llegada al poder del proletariado, la educación socialista expresaba una meta mucho más mundana, una necesidad real básica: hacer una escuela afín a la causa revolucionaria. Lo que había en el fondo era la inquietud de erigir la escuela en iglesia del Estado revolucionario y en matriz de la ideología revolucionaria⁵⁴.

⁵⁰ KNIGHT, *Op. cit.*, p. 219.

⁵¹ DI TELLA, "Populismos...", *Op. cit.*, p. 55.

⁵² QUINTANA, Susana. "Los principios de la reforma educativa socialista: imposición, consenso y negociación". *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, Vol. 1/1 [en línea] 1996, pp. 3-4.

⁵³ Se puede revisar la interpretación del populismo clásico realizada por Ernesto Laclau en el apartado 2.2.1, p. 13.

⁵⁴ LERNER, Victoria. *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940: La educación socialista*. Tomo XVII. México: El Colegio de México. 2005, pp. 11-19 y 89-94.

La política exterior fue congruente con el discurso antiimperialista que caracteriza al populismo clásico. La actitud moral del propio Cárdenas era clara: “No hay antipatía o prejuicio en nuestro país contra ningún país o raza del mundo”. Esta afirmación quedó patente en numerosas ocasiones: la condena de la invasión de Etiopía por parte de Italia, la censura a Japón en el conflicto chinojaponés, la orden a la Delegación Permanente de México en la Sociedad de Naciones para asumir en Ginebra la defensa de los judíos perseguidos por el nazismo, la protesta contra el expansionismo nazi o contra la invasión soviética de Finlandia son algunos ejemplos⁵⁵. El caso que quizá más llama la atención es su compromiso ante la Guerra Civil Española. A las pocas semanas de comenzar la contienda declaró: “¡Viva la Republica Española!” Junto con la ayuda al gobierno republicano, México acogió a contingentes de niños e intelectuales primero, y a otros 30.000 refugiados más en 1939⁵⁶. A pesar de que esta acogida fue criticada por sectores profascistas, lo cierto es que Cárdenas logró, sin proponérselo, atraer una valiosa inmigración que otros presidentes habían tratado de promover en el pasado⁵⁷.

La política de Cárdenas generó un fuerte descontento en diversos sectores sociales. El profesor Alan Knight, de la Universidad de Oxford, lo describe rotundamente: “los enemigos del cardenismo eran legión”⁵⁸. El Partido Comunista lo criticó por su sesgo socialdemócrata y su reformismo. La Iglesia Católica por la reforma agraria, la educación socialista y la laicidad. Los terratenientes y los hombres de negocios se enfrentaron al ataque sistemático de Cárdenas a los derechos de propiedad. Tanto éstos como el capital internacional lo consideraban un radical peligroso y alertaban sobre el riesgo de que México se convirtiera en una república comunista. Estos grupos advirtieron cada vez más que el Estado revolucionario había llegado para quedarse y que lo más sensato era trabajar en pos de su desradicalización, antes que luchar quijotesca por su destrucción. Algunos ejemplos de esta perspectiva fueron la estrategia seguida por la jerarquía católica o la resistencia de la burguesía industrial del norte del país con la creación del Partido de Acción Nacional (PAN) en 1940⁵⁹.

Como balance del gobierno de Cárdenas, podemos decir que trató de atender el ideal revolucionario con la reforma agraria, la acción obrera militante, la nacionalización de la explotación de los recursos naturales, una política exterior progresista y una educación de corte socialista. La reforma agraria, las expropiaciones y la expansión del Estado tuvieron fuertes

⁵⁵ KRAUZE, Enrique. *Biografía del Poder. Caudillos de la Revolución Mexicana (1919-1940)*. Barcelona: Tusquets. 1997, p. 475.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 474.

⁵⁷ GONZALEZ, *Los días...*, *Op. cit.*, P. 239.

⁵⁸ KNIGHT, *Op. cit.*, p. 223.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 207-211 y 224.

implicaciones para el sistema político mexicano. Al mermar las bases económicas de los terratenientes y del capital extranjero, el grupo de poder que controlaba el Estado estuvo en condiciones de diseñar políticas públicas independientes y de alimentar las redes clientelares. De este modo, el programa de redistribución de tierras y las acciones de bienestar social permitieron al régimen ganar popularidad y consolidarse como el partido de la Revolución. Su estrategia de gobierno estuvo íntimamente relacionada con la institucionalización del proyecto revolucionario en un Partido-Estado con una movilización vertical, de arriba abajo, asentada territorialmente en los jefes locales clientelares. Cárdenas llegó a concentrar más poder que sus antecesores e institucionalizó muchas de las políticas revolucionarias. Su sexenio terminó con un partido organizado en sectores, mucho más cohesionado e institucionalizado. Su modelo político no se caracterizó por las formas de representación clásicas del liberalismo democrático, pues no sólo hubo falta de elecciones transparentes, violencia y corrupción, sino que también convivió con el caciquismo y el clientelismo. En cualquier caso, la presidencia de Cárdenas permitió fortalecer al Estado y al partido, afianzando el gobierno central como hasta ese momento no se había conseguido⁶⁰.

A pesar de su liderazgo, parece que Cárdenas jamás acarició la idea de continuar en el poder⁶¹. Ante la tensa situación en la que se encontraba la política mexicana, señaló como sucesor a Manuel Ávila Camacho, militar de su confianza de tendencia moderada, frente al general Francisco Múgica, también de su más íntima confianza, pero de corte radical. Tras la salida del cargo continuó ejerciendo una amplia influencia en la política nacional y en los dirigentes nacionales del PRI durante mucho tiempo⁶².

Para terminar este apartado, aun sobrepasando el momento histórico del gobierno de Cárdenas, es ilustrativo repasar como, gracias a su figura, algunos rasgos marcadamente característicos del populismo clásico se han incorporado al imaginario político mexicano. En este sentido, la memoria colectiva de Cárdenas se formuló como la historia heroica de un ser poseedor de dotes casi sobrehumanas. El mito se estructuró en todos los campos: historiografía, tradición oral, iconografía, rituales y celebraciones y en los discursos político y educativo, ayudando a consolidar al Estado mexicano como Estado-nación. El mito de Lázaro Cárdenas se inscribirá en el mito más general de la Revolución Mexicana (hecha por y para el pueblo; origen del gobierno legítimo, de la justicia y de la soberanía) como su máximo exponente. Su elaboración parte de dos cosmovisiones diferentes, por una parte, el nacionalismo

⁶⁰ FREIDENBERG, *Op. cit.*, pp. 58-65.

⁶¹ HERNÁNDEZ CHÁVEZ, *Op. cit.*, p. 187.

⁶² *Ibid.*, pp. 199-208.

revolucionario, reflejado en los valores de nacionalismo económico, justicia social y distribución de la riqueza; por otro, desde una visión proveniente de la religión católica se incorporan a su figura valores tradicionales de solidaridad con los pobres, generosidad, bondad, paciencia y humildad. Su mito expresó el radicalismo propio de la Revolución pero también una cultura política tradicional, lejana a los parámetros de los ciudadanos portadores de una cultura cívica propia de las democracias desarrolladas (conciencia de la importancia de la participación política, rendición de cuentas, participación en procesos electorales). La vertiente negativa del mito también surgió en los años 30 con el objetivo de desmitificar la figura de Cárdenas, mostrándolo como un dictador, un comunista y un demagogo. Mito y *antimito* se reproducen hasta nuestros días expresando el interés que Cárdenas suscita en cada generación, periódicamente “el relato vuelve a empezar. Las ganas de entender [y utilizar] al personaje no terminan”⁶³.

⁶³ VÁZQUEZ MANTECÓN, Verónica. “Lázaro Cárdenas en la memoria colectiva”. *Revista Política y Cultura*. Num. 31. [en línea] 2009, pp.184-209.

4. JUAN DOMINGO PERÓN

Como otros países latinoamericanos, Argentina había experimentado una rápida transformación cultural y socioeconómica durante las primeras décadas del siglo XX. La migración interna generaba una acelerada urbanización y el desarrollo económico permitió un fuerte movimiento de ascenso social⁶⁴. Estos cambios produjeron un gran impacto en la vida de millones de personas, modificando la composición de las clases bajas, el modo en que se relacionaban con el mercado laboral, sus estilos de vida y el tipo de contextos sociales en los que se vivía. Primero con Hipólito Yrigoyen y más tarde con Juan Domingo Perón, el populismo emergió como movimiento político dispuesto a captar a esa gran masa de población frente a las elites tradicionales que, acostumbradas al poder oligárquico de un régimen político censitario basado en un modelo económico agroexportador, se encontraron ante grandes dificultades para mantener su posición⁶⁵.

Juan Domingo Perón (1893-1974) comenzó su carrera militar en 1914. Durante la misma escribió numerosos trabajos sobre asuntos campestres, fue profesor de historia militar, agregado en la Embajada argentina en Chile, realizó cursos de capacitación en Italia y visitó numerosos países europeos. En 1943, con el grado de coronel, Perón participó en el golpe de estado contra el Gobierno constitucional del Presidente Ramón Castillo (1942-1943) como miembro de un grupo clandestino de oficiales denominado GOU (Grupo de Oficiales Unidos). En su libro *Yo, Juan Domingo Perón*, publicado en 1976, Perón justificó el golpe de 1943 de la siguiente manera: “La revolución [el golpe de estado] fue consecuencia de la imposición que el gobierno del Dr. Castillo quiso hacer al país, en las elecciones para elegir al hombre que había de sucederlo. Su candidato era uno de los terratenientes que existían en aquel entonces [...] La designación [...] hizo reaccionar al pueblo, a la gente de pensamiento y a grandes sectores de la opinión pública. Ese fue el motivo de la revolución. El ejército se puso en movimiento para evitar ese estado de cosas e impedir que el gobierno callera en mano de los reaccionarios”⁶⁶.

⁶⁴ GERMANI, Gino y YUJNOVSKY, Sibila. “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”. *Desarrollo Económico*, Vol. 13, No. 51 [en línea] (Oct. - Dec., 1973), p. 465.

⁶⁵ FREIDENBERG, *Op. cit.*, pp. 79 y 80.

⁶⁶ La cita del libro autobiográfico *Yo, Juan Domingo Perón* se encuentra en GALASSO, Norberto: *Perón: Formación, ascenso y caída (1893-1955)*. Volumen I. Buenos Aires: Colihue. 2005, p. 152.

Tras estos acontecimientos, ejerció como secretario personal del general Eldemiro Farrel, a la sazón Ministro de Guerra del gobierno golpista. Pocos meses después accedió a la dirección de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social y, al año siguiente, con Farrel ya a la cabeza del Gobierno, fue nombrado, además, Ministro de Guerra y Vicepresidente. La heterogénea composición de las corrientes que confluyeron en el golpe dio lugar a un gobierno inestable, con una política donde coexistían medidas progresistas y reaccionarias. Este periodo de gobierno golpista, entre 1943-1945, fue bastante conflictivo, ya que los nuevos protagonistas sociales (obreros fabriles, nuevos empresarios y militares nacionalistas) pujaban por arrebatar los espacios de poder a la vieja oligarquía⁶⁷.

Dentro del Gobierno, Perón encabezó una facción que se orientaba hacia una alianza entre el Ejército y la clase trabajadora. Así, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, trató de configurar un movimiento sindical afín a su proyecto político, contribuyó a la resolución de conflictos laborales e intercaló una hábil distribución de ventajas sociales inesperadas con una moderada represión. En su pugna por arrebatar a los sindicatos socialistas y comunistas el control del entorno obrero ofreció asistencia legal y técnica a los sindicatos afines, les consultó sobre cuáles eran las mejoras que consideraban más oportunas, exigió el cumplimiento de las leyes ya promulgadas y la negociación de los contratos colectivos e, incluso, actuó en nombre de los trabajadores cuando las negociaciones fracasaban. En ese momento era ya clara la orientación populista de Perón al tratar de desarrollar una relación directa con los trabajadores cuando, con la ayuda de los sindicatos, organizó visitas a fábricas y actos masivos en los que podía presentar sus conquistas. Estas medidas fueron clave para ganarse el apoyo de la clase baja urbana y para estructurar un movimiento que marginaba a la mayor parte de los dirigentes sindicales antiperonistas⁶⁸.

Las incongruencias dentro del Gobierno y la situación política favorecieron la polarización de la sociedad argentina. En 1945, tras una gran manifestación en contra del Gobierno, Perón dimitió de todos sus cargos y fue detenido. Días después se produjeron los denominados “Sucesos del 17 de octubre”, una gran marcha, esta vez a favor de la liberación de Perón, que provocó no sólo su excarcelación, sino también la disolución del propio Gobierno y la convocatoria de elecciones. Perón se presentó a las elecciones a la presidencia de Argentina de 1946 a través de la plataforma electoral del Partido Laborista, ganando con el 55% de los votos a la Unión Democrática. Durante la campaña electoral, contó con los apoyos de un

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 151-162.

⁶⁸ FREIDENBERG, *Op. cit.*, pp. 80-81.

importante número de funcionarios y administradores que habían medrado con el régimen surgido del golpe militar de 1943, amplios sectores del ejército, medios de comunicación de orientación nacionalista, una parte de las clases medias que lo veían como la continuación de Yrigoyen y lo que sus adversarios llamaban “turba, vulgo, populacho”⁶⁹.

Una vez en el poder, Perón, con la intención de articular una organización de carácter fuertemente populista, disolvió el Partido Laborista y lo unificó con el Partido Independiente y con una escisión de la Unión Cívica Radical, dando lugar al Partido Único de la Revolución Nacional (PURN). En 1947 recibió el nombre de Partido Peronista⁷⁰, mostrándose ya en ese momento como una organización monolítica controlada estrictamente por Perón. La base de apoyo del Partido Peronista era multclasista, similar a las alianzas del PRI mexicano, pero con un grado menor de institucionalización formal⁷¹. Bajo el liderazgo carismático de Perón, y de su segunda mujer, Eva Perón, se constituyó un fuerte movimiento que incluía grupos de muy diferente extracción, desde el nacionalismo católico tradicionalista hasta otros de raíces comunistas. Entre 1946 y 1955 el gobierno de Perón se caracterizó por la configuración de un sólido movimiento de cariz sindical con gran capacidad de movilización⁷². El peronismo se estructuró inicialmente como un partido “populista obrero” con gran participación de los sectores urbanos, con una minoría de clase media y con la incorporación de una parte de las élites dirigentes de clase alta que estaban fuera del núcleo de poder. La organización peronista puede considerarse, más que un partido, un movimiento integrado por diferentes líneas internas. Por un lado se encontraba el peronismo sindical que representaba a sectores obreros urbanos muy movilizados. Por otro lado, estaba el peronismo de las provincias, más caudillista, apoyado por una población pobre y poco movilizada. En último lugar se encontraba el peronismo de las élites, formado por minorías significativas de las Fuerzas Armadas, el clero, el empresariado industrial y los intelectuales de derecha, entre otros⁷³. La heterogénea coalición peronista, impulsada de arriba hacia abajo, se articuló, bajo el control del Estado, en torno a la persona de Perón y pasando muchas veces por alto las formas institucionalizadas de mediación o subordinándolas a la relación más directa entre el líder y las masas. A pesar de esta articulación,

⁶⁹ VÁZQUEZ-RIAL, Horacio. *Perón. Tal vez la historia*. Madrid: Alianza. 2005, p. 323.

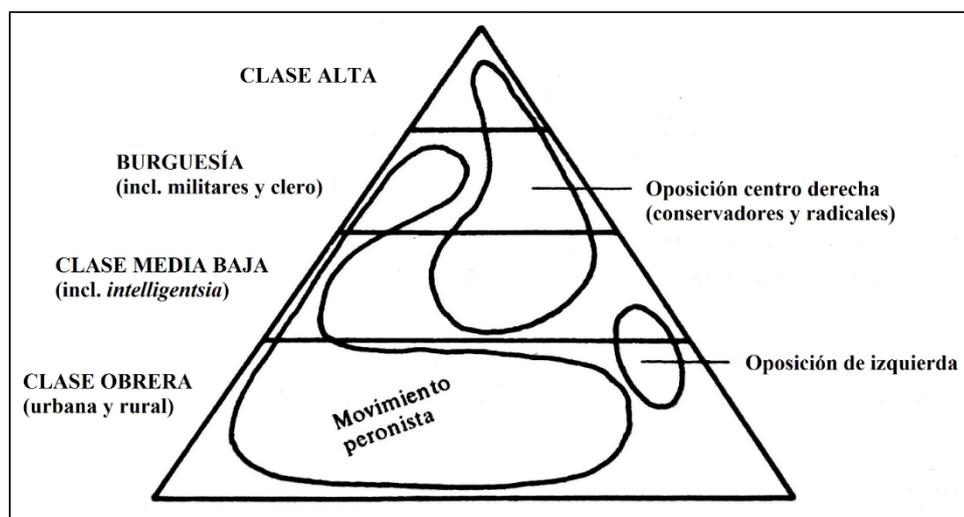
⁷⁰ Desde 1971 se denomina Partido Justicialista.

⁷¹ GALASSO, *Perón: Formación...*, *Op. cit.*, p. 425.

⁷² DI TELLA, “Populismos...”, *Op. cit.*, 76-77.

⁷³ DI TELLA, Torcuato. “Perón y Vargas: vida paralelas”. Ponencia presentada en el Seminario sobre Argentina-Brasil, realizado en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro. [en línea] (15-16 de agosto de 1996). pp. 4-6.

no se puede decir que hubiera una relación directa entre los diferentes grupos peronistas, sino más bien una coincidencia de intereses⁷⁴.



Esquema 1. Representación del apoyo al movimiento peronista en función de las clases sociales, según Torcuato Di Tella⁷⁵.

Si analizamos el peronismo como movimiento político populista encontramos tres etapas: la primera, durante 1944 y 1945, de la que ya hemos hablado, se articuló sobre la base del liderazgo personalizado; en la segunda, hasta 1955, la estructura y movilización sindical canalizó la relación con los seguidores; y en la tercera, a partir del exilio de Perón, los incentivos solidarios no materiales primaron en dicha relación.

En su libro *Conducción Política* (1952) Perón describió los elementos compositivos de su estilo de liderazgo como el líder, los cuadros auxiliares y la masa. El fundamento de la conducción estaría basado en el dominio de una masa organizada porque “cuando la masa no tiene sentido de la conducción y uno le deja de la mano, no es capaz de seguir sola”. De este modo es necesario que el líder, como “maestro” de la masa y de los cuadros auxiliares, prepare al “pueblo” para “que esté con una causa permanente [que] si no existe hay que crear”. Bajo ese esquema, el líder, con sus cualidades personales extraordinarias, su mística y su don de gracia, es el que cambia la situación de sus seguidores. Los intermediarios son meros transmisores de información y recursos, encargados de ejecutar las órdenes, lo que permite entroncar el populismo mesiánico del líder con el fuerte clientelismo peronista⁷⁶.

La relación entre Perón, como líder carismático, y el “pueblo” constituía discursivamente una unidad en la que el primero se convertía en la encarnación de lo segundo.

⁷⁴ FREIDENBERG, *Op. cit.*, p. 82-83.

⁷⁵ DI TELLA, “Populismos...”, *Op. Cit.*, p. 78.

⁷⁶ PERÓN, Juan Domingo. *Conducción Política*. Buenos Aires: Mundo Peronista. 1952. pp. 13-26.

Perón construyó un discurso donde sus “enemigos”, la oligarquía y el imperialismo, eran los responsables de la situación de precariedad en la que vivía gran parte de la población argentina. Enfatizó este discurso de apelación a lo popular frente al *antipueblo* empleando el vocabulario de sus seguidores, haciéndose pasar por uno más de ellos y utilizando palabras del lunfardo⁷⁷, estrofas del poema gauchesco Martín Fierro y la estructura emotiva y trágica del tango. A diferencia del liberalismo, Perón negó la validez de separar la política y el Estado de la sociedad civil. Del mismo modo, la ciudadanía no debía ser entendida en términos de derechos políticos individuales, sino en términos económicos y sociales. Su ideología, definida como *justicialista*, fue ecléctica y pragmática, enfocada a responder a las necesidades de los diferentes grupos sociales que lo apoyaban. A pesar de ello, el régimen peronista trató de crear un pensamiento uniforme y monolítico que transmitiera una identificación absoluta entre el líder y el partido gobernante. Como muchos otros líderes populistas, Perón también trató de influir en la escuela, donde se comenzó a equiparar al *buen argentino* con la militancia peronista y al opositor al régimen como traidor a la patria⁷⁸.

Los tres principios articuladores del discurso populista de Perón eran la soberanía política, la independencia económica y la justicia social, fundada en los valores de la Doctrina Social de la Iglesia. El propio Perón lo expresaba así en un discurso de 1950, dentro de lo que se denominaron *Las veinte verdades peronistas*: “Queremos una Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana”⁷⁹. Esta voluntad se pudo observar desde que accedió por primera vez a la presidencia en 1946, con medidas como la consolidación del gobierno “popular” modificando las instituciones para fortalecer sus bases de apoyo (centralización sindical, renovación de la Corte Suprema de Justicia, reforma constitucional); una política internacional independiente centrada en la llamada *Tercera Posición*⁸⁰ y en el acercamiento al resto de países latinoamericanos; el control estatal de los resortes básicos de la

⁷⁷ El *lunfardo* era originariamente una jerga empleada por los delincuentes y más tarde por la gente de las clases baja y media baja. Parte de sus vocablos y locuciones se introdujeron con el tiempo en la lengua popular y se difundieron en el castellano de la Argentina y el Uruguay. Ya a inicios del siglo xx el lunfardo comenzó a difundirse entre todos los estratos y clases sociales, ya sea por la habitualidad de su uso, porque era común en las letras de tango, o ambos motivos. [Lunfardo, [en línea: consulta 6 de junio de 2017] Wikipedia. Disponible en: <https://es.wikipedia.org/wiki/Lunfardo>].

⁷⁸ PERÓN, *Op. cit.*, p. 5 y FREIDENBERG, *Op. cit.*, pp. 80-84.

⁷⁹ PODERTI, Alicia Estela. *Perón: La construcción del mito político. 1943-1955*. [en línea] Tesis doctoral. Universidad Nacional de la Plata. Buenos Aires. 2011, p. 260.

⁸⁰ “Ni yanquis ni marxistas: Peronistas”. En esta consigna se resumía aparentemente la llamada tercera posición, distinta y equidistante del capitalismo y del comunismo. Por una parte se trata de una exaltación de la neutralidad; por otra, de un instrumento de política interior ya que permite mantener una útil indefinición; en tercer lugar también debe ser visto como el deseo de mantener la independencia y autonomía de la política Argentina frente a las políticas de E.E.U.U. y la U.R.S.S. [VÁZQUEZ-RIAL, *Op. cit.*, p. 380].

economía y la planificación de la misma (nacionalización de servicios públicos, plan quinquenal); la distribución de la riqueza centrada en el nuevo empresariado y en la clase trabajadora, para fomentar el crecimiento económico y la ampliación del mercado interno, en detrimento de la oligarquía agropecuaria; y una legislación laboral, social y asistencial beneficiosa para los sectores populares⁸¹.

La política social se basó en la extensión de derechos a una gran parte de la población que previamente no gozaba de ellos. La acción protectora del Estado favoreció el aumento de la calidad de vida de los trabajadores gracias al incremento de los salarios y a medidas como la congelación de los alquileres, la construcción de viviendas públicas, el reparto de subsidios para el consumo y la inversión en educación y salud. El gobierno pudo aprovechar las condiciones económicas favorables de la década anterior para realizar una política redistributiva de aumento del gasto público, extensión de la seguridad social y de pleno empleo. El peronismo cambió la vida a gran parte de la clase trabajadora, no sólo ofreciéndoles una nueva *experiencia de participación* política, sino también mejorando sus salarios y otorgándoles beneficios sociales, seguridad social e incluso vacaciones pagadas. Este proceso afianzó la identidad peronista entre trabajadores y sindicalistas, cuyas organizaciones se convirtieron en la base del movimiento⁸².

Mediante mecanismos corporativos y la negociación colectiva se favoreció la incorporación de la clase trabajadora a la toma de decisiones políticas. La relación de Perón con el mundo laboral a través de la CGT (Confederación General del Trabajo) le permitió mantener una actitud reformadora fuertemente apoyada por los sectores populares. Este proceso tuvo dos etapas diferenciadas y una tercera de reorientación tras la destitución de Perón. La primera fase (hasta 1950 aproximadamente) estuvo marcada por el conflicto entre las orientaciones sindicales tendientes a establecer una autonomía con respecto al Estado y aquellas tendencias sindicales y políticas que proponían una mayor subordinación al proyecto peronista. El segundo momento (entre 1950 y 1955) se caracterizó por el predominio de la subordinación de los objetivos sindicales a la política del gobierno peronista⁸³. Para lograr esto, una vez en la presidencia, Perón redefinió y amplió el sistema sindical preexistente que le había sustentado, haciéndole diferenciarse cada vez más de las organizaciones políticas y sindicales de izquierda. Buscando un monopolio en la representación sindical disminuyó el papel de los dirigentes

⁸¹ GALASSO, *Perón: Formación...*, *Op. cit.*, p. 414.

⁸² FREIDENBERG, *Op. cit.*, pp. 83-85.

⁸³ SIDICARO, Ricardo. "Consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el peronismo y la clase trabajadora en la Argentina, 1943-1955" en MACKINNON, María Moira y PETRONE, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba. 2011, p. 164.

disidentes retirándoles los subsidios estatales o reemplazándolos por interventores. El fomento de la sindicalización de los trabajadores fue muy importante pasando en el conjunto de Argentina de 900.000 afiliados en 1946 a 2,5 millones en 1954⁸⁴. Como resultado de este proceso se produjo un sobredimensionamiento del lugar que correspondía a los trabajadores en el debate político, lo que definió profundamente tanto al Estado como al movimiento y a la ideología peronista⁸⁵.

La política económica del gobierno peronista se caracterizó por su alto nivel de intervencionismo estatal y por impulsar una industrialización por sustitución de importaciones. Como ya hemos comentado, Perón trató de redistribuir la riqueza en favor de los asalariados y los sectores populares, así como expandir el empleo, pero también ampliar la esfera de influencia del Estado sobre el sistema productivo y desplazar al capital extranjero. Para ello, entre otros instrumentos hizo un uso insistente del aumento de salarios nominales, de los controles de precios, del aumento del empleo estatal y del gasto público de consumo⁸⁶. Perón también nacionalizó el Banco Central, lo que le permitió manejar la política monetaria y crediticia, así como aplicar tipos de cambio variables que favorecieron al sector industrial. Los ingresos por exportaciones se duplicaron entre 1945 y 1948, aunque su volumen se mantuvo, y la industria creció de manera mucho más acelerada que el sector agropecuario. En julio de 1947 se saldó toda la deuda exterior argentina, lo que fue aprovechado por Perón para ahondar en su discurso populista de diferenciación entre el “honrado” pueblo argentino y el “opresor” poder extranjero, con la organización de una importante ceremonia simbólica en la que se hizo la denominada “Declaración de Independencia Económica”. La normalización de la economía europea tras la Segunda Guerra Mundial comenzó a notarse en Argentina en 1949. Las dificultades surgieron cuando se redujo la importación de productos alimenticios por parte del viejo continente y el proteccionismo americano excluyó a los productos argentinos. Del excedente se pasó al déficit. La recesión afectó a la capacidad del Gobierno para continuar con la política redistributiva que sostenía la alianza de clases y la política de carácter nacionalista. La imposición de recortes a los diferentes grupos económicos y sociales acabó perturbando la relación con sus bases sociales y la fuerza de su red clientelar⁸⁷.

⁸⁴ DABÈNE, Olivier. *América Latina en el siglo XX*. Madrid: Síntesis. 1999. p. 85.

⁸⁵ TORRE, Juan Carlos. “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo” en MACKINNON, María Moira y PETRONE, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la centena*. Buenos Aires: Eudeba. 2011, p. 195.

⁸⁶ FERRER, Aldo. “La economía política del peronismo”. *El Trimestre Económico*, Vol. 44. No. 173/1 [en línea] (Enero-marzo 1977), p. 74.

⁸⁷ FREIDENBERG, *Op. cit.*, pp. 85-87.

El escaso espacio político dejado a la oposición, la significativa polarización política, el enfrentamiento con sectores militares y con la Iglesia Católica a partir de 1954, junto con evidencias de cierta ineficiencia en el esquema económico trazado, contribuyeron a dar solidez a la oposición antiperonista. El 1955 un golpe de estado acabó con el gobierno de Perón y lo obligó a exiliarse (1955-1973). Llama la atención que los sindicatos peronistas no se movilizaran contra el golpe. Esto se debió a que los dirigentes sindicales, más preocupados por salvaguardar sus organizaciones y las conquistas sociales logradas durante el gobierno peronista, intentaron llegar a acuerdos con los nuevos equipos que se hicieron cargo del Estado⁸⁸. En octubre de 1973, tras 18 años en el exilio, Perón accedió por tercera vez a la presidencia de Argentina aunque falleció pocos meses después.

A diferencia de cardenismo, que se insertó en el régimen político mexicano insitucionalizándose, el peronismo acabó convirtiéndose en el partido de los pobres y se consolidó como un actor clave en el sistema político argentino como uno de los ejes de polarización política. A pesar de que los movimientos políticos que generaron ambas figuras tomaron rumbos diferentes, muchos de los elementos del populismo clásico de Perón, al igual que en el caso de Cárdenas, le sobrevivieron, generando un universo simbólico y discursivo fuertemente arraigado en la sociedad argentina.

⁸⁸ SIDICARO, *Op. cit.*, p. 172.

5. CONCLUSIONES

Como hemos visto, el populismo es un fenómeno rico y complejo que se ha dado en diferentes épocas y lugares, desde el Medio Oeste estadounidense al Cono Sur americano, pasando por México, Ecuador o Perú. No sólo encontramos diversidad en las regiones en la que podemos localizarlo, sino también diferencias en las experiencias que se han desarrollado en esos países. Así, los populismos ruso y americano de las últimas décadas del siglo XIX supusieron, salvando las distancias entre ambos, un “ir al pueblo” con la intención de poner en la primera fila de la política los intereses y necesidades de las clases trabajadoras del ámbito rural de ambos países. En América Latina las primeras experiencias populistas a las que nos hemos referido corresponden a los denominados populismos tempranos, cuya figura más destacada fue Hipólito Yrigoyen en Argentina durante las primeras décadas del siglo XX. Es a partir de 1930, con la llegada de Getulio Vargas al gobierno brasileño y, posteriormente con figuras como Lázaro Cárdenas y Juan Domingo Perón, pero también con Víctor Hugo Haya de la Torre en Perú o José María Velasco Ibarra en Ecuador, que puede hablarse de populismo clásico. A partir de finales de la década de los cincuenta este populismo decayó en favor generalmente de gobiernos militares fruto de experiencias golpistas. El populismo evolucionó y reapareció de nuevo en las décadas de los sesenta y setenta en lo que se ha llamado populismo tardío, en los noventa como neopopulismo y desde finales del siglo XX como experiencias populistas de izquierda.

Otro de los aspectos en los que nos hemos detenido ha sido la problemática que surge al intentar definir el populismo, ya que ha sido utilizado para designar a una gran variedad de fenómenos con orígenes y manifestaciones diversas. Es un término ambiguo y vago que ha sufrido un enorme estiramiento conceptual al tratar de utilizarlo en contextos y situaciones dispares. Así, resulta ser un término dúctil y polisémico aplicable a situaciones y grupos muy diferentes tanto social como políticamente hablando.

Siguiendo el esquema marcado por María Mackinnon y Alberto Petrone hemos descrito las interpretaciones del populismo clásico dividiéndolas en cuatro grupos⁸⁹. En primer lugar,

⁸⁹ MACKINNON y PETRONE, *Op. cit.*, pp. 21-22

fijándonos en autores como Gino Germani y Torcuato Di Tella, hemos definido una línea de interpretación que entiende el populismo como una experiencia que aparece en países subdesarrollados en el momento de la transición de una sociedad tradicional a una industrializada. En segundo lugar, tomando como referente a Octavio Ianni, hemos descrito una línea interpretativa de corte histórico-estructural, que entiende el populismo como un estadio de desarrollo del capitalismo latinoamericano que surge tras la crisis del estado oligárquico. En tercer lugar estaría el grupo de los coyunturalistas, que incidieron en las oportunidades y restricciones que rodean a las distintas clases o sectores sociales en determinadas coyunturas históricas. Finalmente, a través de la figura de Ernesto Laclau, hemos analizado una cuarta línea interpretativa centrada en el plano del discurso ideológico, para la cual la especificidad del populismo se encontraría en la articulación de un conjunto de interpelaciones popular-democráticas como antagónicas a las de la clase dominante.

También hemos examinado la propia propuesta de Mackinnon y Petrone quienes, tras comparar el populismo clásico con los neopopulismos, encuentran tres rasgos propios del populismo en cualquier época y lugar, como son las crisis como condición de emergencia, la experiencia de participación como sustento movilizador y su carácter ambiguo. Kenneth Roberts, con un bagaje en el que también incorpora el análisis de las experiencias populistas clásicas y las posteriores, ha definido el populismo como un estilo de liderazgo personalista y paternalista con una base de apoyo policlasista, que evita las formas institucionalizadas de mediación, tiene una ideología ecléctica y propugna un proyecto económico que utiliza mecanismos de redistribución clientelar con el fin de alimentar su base de apoyo en los sectores populares. Terminamos el repaso a las interpretaciones sobre populismo con la definición de Flavia Freidenberg quien, de manera muy similar a Roberts, acota el término populismo al ámbito político definiéndolo como un estilo de liderazgo caracterizado por la búsqueda de una relación directa, carismática, personalista y paternalista entre el líder y los seguidores, que trata de no reconocer mediaciones organizativas institucionales, que habla en nombre del pueblo y que potencia la oposición de éste frente a “los otros”, consiguiendo que los seguidores estén convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y crean que gracias a los métodos redistributivos o al intercambio clientelar que tienen con el líder conseguirán mejorar su situación personal o la de su entorno. Como comentamos, ésta es la definición que más nos gusta por su concreción, su circunscripción clara a un solo dominio y su capacidad de funcionar explicativamente en las experiencias populistas latinoamericanas de todo el siglo XX.

Como apuntábamos en la introducción, el objetivo de este trabajo era conocer la experiencia populista clásica a través de los gobiernos de Lázaro Cárdenas (1934-1940) y Juan

Domingo Perón (1946-1955). Su análisis nos ha permitido ver en qué contexto accedieron al poder; cuál fue la naturaleza de su liderazgo y cuáles sus estrategias discursivas; quienes conformaron sus bases de apoyo y qué modelos de movilización política utilizaron; en qué medidas políticas, económicas y sociales observamos su carácter populista; y, por último, cómo ambos se convirtieron en iconos políticos en los países donde gobernaron.

Lázaro Cárdenas accedió a la presidencia de México gracias a su designación como candidato por Plutarco Elías Calles y a la fuerza de la estructura clientelar del PNR. A pesar de no estar dotado de las cualidades carismáticas de otros líderes, sus seguidores le veían como una persona con cualidades extraordinarias. Su estrategia discursiva estuvo marcada por la lucha contra el *statu quo* interior, dominado por los terratenientes latifundistas, y contra el imperialismo, simbolizado por las multinacionales extranjeras. Alimentó sus bases de apoyo con la redistribución de tierra entre los campesinos y el apoyo a los sindicatos obreros. La movilización la estructuró en torno al Partido de la Revolución Mexicana, heredero del PNR y antecesor del PRI, organizando corporativamente a los sectores militar, obrero, campesino y popular. La manera en que desarrolló la reforma agraria, la nacionalización de compañías extranjeras de petróleo y ferrocarril, la reforma educativa de corte socialista o la política exterior progresista fueron momentos clave que exponen su estilo populista clásico. Una vez fuera de la presidencia no sólo continuó siendo una figura muy influyente en su partido, sino que se convirtió en un mito de la Revolución Mexicana, cuyo momento álgido representa.

Juan Domingo Perón, por su parte, accedió al gobierno tras unas elecciones democráticas tres años después de haber participado en un golpe de estado que lo situó en primera línea de la política argentina. Fue el estereotipo de líder carismático y paternalista. En su estrategia discursiva se presentaba como la encarnación de los intereses del pueblo y como escudo frente a sus enemigos, identificados con el imperialismo estadounidense y las oligarquías locales. Su base de apoyo era muy heterogénea, con primacía de los sectores obreros urbanos y una minoría de la clase media. Su movimiento político se articuló en torno al Partido Peronista que, aunque trató de institucionalizarse a la manera mexicana, no tuvo el éxito alcanzado por Cárdenas. Podemos ver el carácter populista clásico de Perón en su política social de extensión de derechos y de mejora de la calidad de vida de las clases trabajadoras y en su política económica nacionalista y de fomento de la industrialización por sustitución de importaciones.

Tanto en Cárdenas como en Perón observamos la especificidad del populismo clásico que, más allá de su esencia populista como estilo de liderazgo, tuvo un carácter propio. Por un

lado, la experiencia de participación se articuló en torno a la incorporación efectiva al sistema político de una gran parte de la población, hasta entonces marginada de los procesos de toma de decisiones, quizá no poniendo en primer plano los mecanismos de participación democrática electoral, pero sí, claramente, a través de otros modelos de participación, como los corporativos. Por otro lado, estos populismos identificaron los intereses de la nación con los intereses de las clases trabajadoras, frente a los de las oligarquías agroexportadoras dominantes, fomentando un nacionalismo político y económico que desembocó en la lucha por el fin de su dependencia y en la búsqueda de un modelo de organización política propio. Todo esto estuvo aderezado con un sentimiento transcendental de cambio y de punto de inflexión histórica en el devenir de sus países. En definitiva, el populismo clásico en América Latina es expresivo de un momento histórico en el que las poblaciones de la región demostraron su negativa a seguir dependiendo de otros, en el ámbito interno respecto a las oligarquías agroexportadoras y latifundistas, en el externo, respecto a las potencias coloniales y a las compañías y capital extranjero.

BIBLIOGRAFÍA

ALCAZAR, Joan del et al. *Historia contemporánea de América Latina*. Valencia: Universitat de Valencia. 2005.

DABÈNE, Olivier. *América Latina en el siglo XX*. Madrid: Síntesis. 1999.

DI TELLA, Torcuato. “Peron y Vargas: vida paralelas”. Ponencia presentada en el Seminario sobre Argentina-Brasil, realizado en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro. [en línea] (15-16 de agosto de 1996). [Fecha de consulta: 2 de mayo de 2017] Disponible en: <https://www.educ.ar/recursos/92433/peron-y-vargas-vidas-paralelas>

----- “Populismo y reformismo” en IANNI, Octavio (comp.). *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*. 2ª ed. Mexico: Era. 1977. pp. 38-82.

DRAKE, Paul. “Populism in South America”. *Latin American Research Review*. Vol. 17/1. [en línea] (1982). pp. 190-199. [Fecha de consulta: 2 de mayo de 2017] Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/2502949>.

FERRER, Aldo. “La economía política del peronismo”. *El Trimestre Económico*, Vol. 44. No. 173/1 [en línea] (Enero-marzo 1977), pp. 73-115. [Fecha de consulta: 2 de abril de 2017] Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/20856606>.

FREIDENBERG, Flavia. *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis. 2007.

GALASSO, Norberto. *Perón: Formación, ascenso y caída (1893-1955)*. Volumen I. Buenos Aires: Colihue. 2005.

----- *Perón: Exilio, resistencia, retorno y muerte (1955-1974)*. Volumen II. Buenos Aires: Colihue. 2005.

GERMANI, Gino. “Democracia representativa y clases sociales” en IANNI, Octavio (comp.). *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*. 2ª ed. Mexico: Era. 1977. pp. 12-37.

GERMANI, Gino y YUJNOVSKY, Sibila. “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”. *Desarrollo Económico*, Vol. 13, No. 51 [en línea] (Oct. - Dec., 1973), pp. 435-488 [Fecha de consulta 12 de mayo de 2017] Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/3466131>

GONZÁLEZ, Luis. *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940: Los artífices del cardenismo*. Tomo XIV. México: El Colegio de México. 2005.

----- *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940: Los días del presidente Cárdenas*. Tomo XV. México: El Colegio de México. 2005.

HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia. *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940: La mecánica cardenista*. . Tomo XVI. México: El Colegio de México. 2005.

IANNI, Octavio. “Populismo y relaciones de clase” en IANNI, Octavio (comp.). *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*. 2ª ed. Mexico: Era. 1977.

KNIGHT, Alan. “Cardenismo: ¿coloso o catramina?” en MACKINNON, María Moira y PETRONE, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. 1Buenos Aires: Eudeba. 2011. pp. 197-230.

KOURÍ, Emilio. “La invención del ejido”. *Revista Nexos*. [en línea] Enero 2015. [Fecha de consulta: 26 de mayo de 2017] Disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=23778>

KRAUZE, Enrique. *Biografía del Poder. Caudillos de la Revolución Mexicana (1919-1940)*. Barcelona: Tusquets. 1997.

LACLAU, Ernesto. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo populismo*. Madrid: Siglo XXI. 1978.

LERNER, Victoria. *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940: La educación socialista*. Tomo XVII. México: El Colegio de México. 2005.

LORINI, Irma. *El nacionalismo en Bolivia, 1910-1945*. La Paz: Plural. 2006.

MACKINNON, María Moira y PETRONE, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba. 2011.

PEÑA, Guillermo de la. “Las movilizaciones rurales en América Latina desde c. 1920” en BETHELL, Leslie (ed. lit.). *Historia de América Latina. Política y Sociedad desde 1930*. Volumen XII. Barcelona: Crítica. 1997.

PERÓN, Juan Domingo. *Conducción Política*. Buenos Aires: Mundo Peronista. 1952.

PODERTI, Alicia Estela. *Perón: La construcción del mito político. 1943-1955*. [en línea] Tesis doctoral. Universidad Nacional de la Plata. Buenos Aires. 2011. [Fecha de consulta 2 de junio de 2017] Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.442/te.442.pdf>

QUINTANA, Susana. “Los principios de la reforma educativa socialista: imposición, consenso y negociación”. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, Vol. 1/1 [en línea] 1996, pp. 137-152 [Fecha de consulta 20 de abril de 2017] Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/140/14000110.pdf>

ROBERTS, Kenneth. “El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano” en MACKINNON, María Moira y PETRONE, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba. 2011. pp. 375-408.

TARCUS, Horacio. “Crisis del populismo y alternativa socialista”. *Utopías del Sur*, Año II, nº 3. Letra E. Buenos Aires. 1989. pp. 7-36.

----- “El movimiento obrero y el último gobierno de peronista. (1973-1976)”. *Crítica y Utopía Num. 6*. [en línea] 1982. [Fecha de consulta: 20 de abril de 2017] Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/critica/nro6/TORRE.pdf>

TORRE, Juan Carlos. “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo” en MACKINNON, María Moira y PETRONE, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba. 2011. pp. 173-198.

SIDICARO, Ricardo. “Consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el peronismo y la clase trabajadora en la Argentina, 1943-1955” en MACKINNON, María Moira y PETRONE, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba. 2011. pp. 153-172.

VÁZQUEZ MANTECÓN, Verónica. “Lázaro Cárdenas en la memoria colectiva”. *Revista Política y Cultura*. Num. 31. [en línea] 2009. pp. 183-209 [Fecha de consulta: 2 de abril de 2017] Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26711982010>

VÁZQUEZ-RIAL, Horacio. *Perón. Tal vez la historia*. Madrid: Alianza. 2005.

ÍNDICE DE CUADROS Y ESQUEMAS

Cuadro 2.1. El Populismo en América Latina.....	10
Esquema 3.1. Representación del apoyo al PRI mexicano.	26
Esquema 4.1. Representación del apoyo al Movimiento Peronista.	34